



HERALDOS DEL EVANGELIO

N.º 273 - Abril 2026

*Invitación
a la filial intimidad*



Reproducción

Que el Señor te conceda la verdadera humildad

Si el verte pequeña delante de Dios te alegra, bien está; pero a mí me parece, perdóname, pues yo no soy nadie..., que si no te alegraras por eso sería más perfecto. Si prescindieras de ti sería mejor. Cuando menos te mires a ti misma mejor verás a Dios. Que el Señor te conceda la verdadera humildad, pero una vez que la hayas sentido sigue adelante, no te detengas en la humildad, pues te detienes en ti misma. Sigue adelante; sube hasta el Señor, que cuando estés con Él, entonces ya verás cómo efectivamente te sientes nada...

No te mires a ti misma, mira a ese Jesús en la cruz, mira a Dios que te ama, seas como seas. No midas tu amor porque es tuyo. Mide el que Dios te tiene a ti. No remires y rebusques lo que tienes en tu corazón, porque también es el tuyo, y pierdes el tiempo: no hallarás nada.

Si en el mar tiras un granito de sal, desaparece, pues la sal se disuelve con el agua, y entonces el mar y el granito de sal serán todo uno. Pero si en lugar del granito de sal, que es muy pequeño, tiras un granito de arena, el granito seguirá siendo pequeño y estará en el mar, pero no se disuelve... Procuremos ser ese granito de sal que se disuelve en Dios y que desaparece, y no el granito de arena. Es mejor que prescindamos de nosotros mismos para poder subir hasta Él, pues si no estaremos siempre detenidos en nuestra propia humildad.

SAN RAFAEL ARNAIZ. Carta del 1/12/1935.

In: QUATTROCCHI, Paolino Beltrame.

Fascinado por el Absoluto. Hermano Rafael.

2.^a ed. Madrid: Paulinas, 1994, pp. 112-113.

Director Responsable:
Mario Luiz Valerio Kühl

Consejo de Redacción:
Severiano Antonio de Oliveira;
Silvia Gabriela Panez;
Marcos Aurelio Chacaliza C.

Administración:
Calle Lorenzo Despradel, No. 59
La Castellana, Santo Domingo
República Dominicana
Tel: 1-809-227-7265
WhatsApp: 1-809-549-7695
Email: heraldosrd@gmail.com
info@heraldos.do

Impresión:
Talleres de
Editora Amigo del Hogar
Santo Domingo
República Dominicana

Los artículos de esta revista
podrán ser reproducidos,
indicando su fuente y enviando
una copia a la redacción.
El contenido de los artículos
es responsabilidad de los
respectivos autores.

SUMARIO

➔ PREGUNTAN LOS LECTORES.....	4
➔ EDITORIAL	
Empeño por convivir, a la espera de reciprocidad.....	5
➔ LA VOZ DE LOS PAPAS	
¿Cómo ha de ser la madre católica?.....	6
➔ LA LITURGIA DOMINICAL	
«Ninguna noche es eterna».....	8
La Iglesia que Jesús ha querido.....	9
El proceso de la conversión.....	10
¿Qué voz escucho?.....	11
➔ TESOROS DE MONS. JOÃO	
Genazzano: devoción de toda una vida.....	12
➔ TEMA DEL MES – MADRE DEL BUEN CONSEJO DE GENAZZANO	
La Consejera admirable.....	16
«¿Quieres un consejo?».....	20
➔ VERDADES CATÓLICAS	
Don de consejo – El don de la «aventura».....	22
➔ HISTORIA, MAESTRA DE LA VIDA	
Madre y Consejera de los Papas.....	24
➔ SANTO TOMÁS ENSEÑA	
Alianza entre consejo y misericordia.....	27
➔ DOÑA LUCILIA	
Hace ciento cincuenta años, nacía Dña. Lucilia.....	28
¡Nos venciste, Dña. Lucilia!.....	30
➔ ¿QUÉ DICE EL CATECISMO?	
Fidelidad a la vocación laical.....	33
➔ UN PROFETA PARA NUESTROS DÍAS	
Constancia en la alegría y en el dolor.....	34
➔ VIDAS DE SANTOS	
Venerable María Teresa González-Quevedo y Cadarso – Teresita, sagrario vivo de María.....	38
➔ HERALDOS EN EL MUNDO.....	42
➔ ESPIRITUALIDAD CATÓLICA	
Nuestra Señora de la Saudade – Las saudades del Inmaculado Corazón de María.....	46
➔ ¿SABÍAS.....	49
➔ TENDENCIAS Y MENTALIDADES	
La verdadera acción sólo nace de la contemplación.....	50



Gustavo Kraij

16 Una devoción para
nuestros días



Vatican Media

24 Los Papas también
recurren a Ella



João S. Clá Dias

28 Sesquicentenario de una
madre extremaña



Reproducción

50 Juana de Arco y Teresa de
Lisieux: ¿algo en común?

Envíe las preguntas para el P. Ricardo al correo
preguntanloslectores@heraldos.org



✠ P. Ricardo José Basso, EP

He visto que los sacerdotes, cuando consagran, dejan caer un trocito de la hostia grande en el cáliz. Quería saber qué significa esto según la Iglesia y cuál fue su impresión la primera vez que usted lo hizo.

Javier Acuña Coello – Vía correo electrónico

Este gesto tiene su origen en los primeros siglos de la era cristiana. El rito, inicialmente llamado *fermentum*, era una expresión de la unidad entre las misas celebradas por el presbítero y por el obispo, especialmente el de Roma, el Papa. Éste, a través de los acólitos, enviaba un fragmento de la hostia consagrada por él para que los sacerdotes lo depositaran en el cáliz por ellos consagrado, manifestando así que se trataba de la misma eucaristía.

Con el tiempo, ese gesto dio lugar a otras interpretaciones, sin perder su significado primitivo de comunión. Pasó a denominarse *commixtio*, es decir, mezcla del pequeño fragmento de la sagrada hostia introducido por el sacerdote en el cáliz, con el vino consagrado. Su significado espiritual está contenido en la oración que el presidente de la celebración reza en secreto durante la recitación del Cordero de Dios:

«El cuerpo y la sangre de Nuestro Señor Jesucristo, unidos en este cáliz, sean para nosotros alimento de vida eterna».

Al consagrar aparte la hostia y el vino, la liturgia quiere significar la separación del cuerpo y la sangre de Cristo, o sea, su inmolación, renovada sacramentalmente —de modo incruento— en la santa misa.

Sin embargo, Jesucristo murió y resucitó, y es al Señor resucitado a quien recibimos en la comunión. Por eso, cuando el sacerdote realiza la *commixtio*, está señalando la resurrección del Salvador y la nuestra, como sugiere la oración mencionada.

Particularmente, no sólo con ocasión de mi primera misa, sino en todas las que he celebrado, la *commixtio* es un momento de especial intimidad del sacerdote y el Señor sacramentado. ✠

Una persona que ha sido bautizada en una Iglesia evangélica y que, por deseo de su corazón, quiere profesar la fe católica, ¿puede ser bautizada a través del catecumenado?

Lucio Couguil – Vía correo electrónico

Querido Lucio, en el fondo su pregunta sería: ¿el bautismo administrado por otra denominación cristiana se considera válido para la Iglesia católica?

El canon 869 del *Código de Derecho Canónico* indica claramente que los bautismos conferidos en comunidades eclesiales no católicas pueden ser válidos o inválidos. Por lo tanto, es necesario examinar la materia —agua natural—, la fórmula utilizada —«[Nombre], yo te bautizo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo»— y el mínimo de fe exigido para llevar a cabo lo que la Iglesia pretende con el sacramento: la creencia en el misterio de la Trinidad, en la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo y en el misterio de la Redención.

El *Catecismo de la Iglesia Católica*, en el número 1256, enseña que «en caso de necesidad, cualquier persona, incluso no bautizada, puede bautizar si tiene la intención requerida y utiliza la fórmula bautismal trinitaria. La

intención requerida consiste en querer hacer lo que hace la Iglesia al bautizar.

Dada la gravedad del asunto, la Iglesia, en los distintos países, tras un atento análisis, establece en qué comunidades cristianas el bautismo es válido, en cuáles es dudoso y, por último, en cuáles es ciertamente inválido.

Por este motivo, le aconsejo que se dirija al párroco de su parroquia para solicitarle orientación. Si se confirma la validez del bautismo en otra denominación cristiana y la persona es mayor de edad, deberá someterse a un sencillo rito de admisión a la plena comunión con la Iglesia católica. Además, si está debidamente preparado, también podrá recibir los sacramentos de la eucaristía y de la confirmación.

Por el contrario, si la validez del bautismo es dudosa, el sacramento podrá administrarse bajo condición; no obstante, si se constata su invalidez real, el bautismo se administrará de la forma habitual. ✠

EMPEÑO POR CONVIVIR,

A LA ESPERA DE RECIPROCIDAD



La historia, cuando esté completa, formará en su conjunto el espléndido y conmovedor relato del empeño de Dios por relacionarse con los hombres y la correspondencia —o la falta de ella— que éstos han tenido al llamamiento divino. En este sentido, es pungente la expresión de las Escrituras: «¡Ojalá me escuchase mi pueblo! [...] Volvería mi mano contra sus adversarios. [...] Los alimentaría con flor de harina, los saciaría con miel silvestre» (Sal 80, 14-15.17).

Sin embargo, esa relación ha evolucionado claramente a lo largo del tiempo. En el Antiguo Testamento, primero observamos la comunicación de Dios con Israel a través de truenos, fuego y terremotos; luego su voz se hizo más humana, al resonar en los profetas. Por fin, inaugurada la Nueva Alianza, escuchamos a San Pablo proclamar: «Últimamente, en estos días, nos ha hablado por medio del Hijo» (Heb 1, 2). Encontramos, en estas etapas, una característica recurrente: el Señor se manifiesta al género humano con una intimidad cada vez mayor.

Ahora bien, en los últimos siglos se han multiplicado —sin proporción con épocas anteriores— las apariciones marianas. Introducir a su Madre en esa convivencia divina con los hombres demuestra el empeño de la segunda persona de la Santísima Trinidad por considerarnos parte de su familia. Los mensajes transmitidos por Ella versan, esencialmente, sobre los mismos puntos; no obstante, la forma en que Nuestra Señora se comunica se vuelve cada vez más íntima, manifestando siempre más perdón, más misericordia, más afecto y más ternura.

De alguna manera, esta nueva relación fue inaugurada por la Madre del Buen Consejo: aunque el fresco tiene un origen mucho más remoto, su historia entra en el mundo cristiano occidental en 1467. Sin embargo, aquí no hay mensaje, no hay manifestaciones; hubo solamente un prodigio al principio, como presagio de innumerables milagros y gracias de sagrada convivencia. Paradójicamente, su elocuencia sin palabras es una comunicación más preciosa, personal, íntima, única para cada momento. Es el buen consejo de Ella para cada uno de sus hijos.

En la inmortal oración del acordaos, rezamos: «Jamás se ha oído decir que ninguno de los que han acudido a vuestra protección, implorando vuestro auxilio y reclamando vuestro socorro, haya sido abandonado de vos». Con razón, pues, Nuestra Señora de Genazzano se ha convertido en consejera de tantos Papas. Es el Consejo de Dios junto a cada persona, a quien ya no sólo le dice: «Haced lo que Él os diga» (Jn 2, 5), sino que indica cómo agradecerle.

Sobre todo, la Madre del Buen Consejo, al ser nuestra Madre, siente especial compasión por nuestra flaqueza y nos concede no sólo su buen consejo, sino también la fuerza para ponerlo en práctica. Por eso, el Prof. Plinio Corrêa de Oliveira le atribuía un papel tan importante en estos días en que la debilidad humana alcanza un auge histórico. Será de sus manos de quien, en el Reino de María, brotará la fidelidad de los hombres a los llamamientos divinos.

Para los Heraldos del Evangelio, y para todos los que reciben su influencia, la convivencia con la Santísima Virgen se refleja de modo palpable en los ejemplos de vida de Dña. Lucilia, cuyo natalicio cumple en este mes de abril su sesquicentenario. Su presencia, llena de bondad y amor gratuito, en desuso en el mundo moderno, invita a una intimidad insospechada y a una reciprocidad enternecedora. ✦



Nuestra Señora del Buen Consejo - Santuario dedicado a Ella en Genazzano (Italia)

Foto: Tiago Galvão



¿Cómo ha de ser la madre católica?

La experiencia diaria nos muestra que a una esposa cristiana corresponde de ordinario una familia en la que permanece vivo el amor a Dios, la práctica de la vida sacramental y del amor del prójimo. La alegría de la vida de familia depende en gran medida de la madre quien, con su generosidad, suaviza asperezas y tensiones.

PREFIGURAS DE MARÍA SANTÍSIMA

El Antiguo Testamento y la tradición judía reconocen frecuentemente la nobleza moral de la mujer, que se manifiesta sobre todo en su actitud de confianza en el Señor, en su oración para obtener el don de la maternidad y en su súplica a Dios por la salvación de Israel de los ataques de sus enemigos. [...]

«Una mujer fuerte, ¿quién la encontrará? Es mucho más valiosa que las perlas» (Prov 31, 10). En la fidelidad de la mujer a la alianza divina la literatura sapiencial indica la cima de sus posibilidades y la fuente más grande de admiración. [...] En estas figuras de mujer, en las que se manifiestan las maravillas de la gracia divina, se vislumbra a la que será la mujer más grande: María, la Madre del Señor.

SAN JUAN PABLO II.
Audiencia general, 10/4/1996.

EL MAYOR EJEMPLO DE AMOR MATERNAL

La Iglesia se fija con razón en aquella que engendró a Cristo, concebido del Espíritu Santo y nacido de la Virgen, para que también nazca y crezca por medio de la Iglesia en las almas de los fieles. La Virgen fue en su vida ejemplo de aquel amor maternal con que es necesario que estén animados

todos aquellos que, en la misión apostólica de la Iglesia, cooperan a la regeneración de los hombres.

SAN PABLO VI. *Lumen gentium*.
Concilio Vaticano II, 21/11/1964.

RECOMPENSA DE UNA VIDA DE RENUNCIA

Con su «sí» [María] contribuyó a dar a la Fuente de toda misericordia y benevolencia un rostro humano: el rostro de Jesús. [...]

Este es el rostro de Dios que María dejó que se formara y creciera en su seno, cambiándole completamente la vida. Es el rostro que anunció a través de la luz gozosa y frágil de sus ojos de madre que espera; el rostro cuya belleza contempló día tras día, mientras Jesús crecía, niño, muchacho y joven, en su casa; y que luego siguió, con su corazón de discípula humilde, mientras recorría los senderos de su misión, hasta la cruz y la resurrección.

Para hacerlo, también Ella bajó la guardia, renunciando a expectativas, pretensiones y seguridades, como saben hacer las madres, consagrando sin reservas su vida al Hijo que por gracia había recibido para, a su vez, volver a donarlo al mundo.

LEÓN XIV.
Homilía, 1/1/2026.

MATERNIDAD A LA LUZ DE LA IGLESIA Y DE MARÍA

La maternidad es un don sublime que la Iglesia exalta. ¿Cómo no habría de hacerlo si cree y reconoce el inicio de la salvación, de su propia existencia, en la maternidad virginal de María Santísima, que engendró a Cristo? [...]

La experiencia diaria nos muestra que a una esposa cristiana corresponde de ordinario una familia en la que permanece vivo el amor a Dios, la práctica de la vida sacramental y del amor del prójimo. Asimismo la armonía, serenidad y alegría de la vida de familia dependen en gran medida de la mujer, esposa y madre quien, con su intuición, su tacto, su afecto, su paciencia, su generosidad, suaviza asperezas y tensiones. Ella levanta los ánimos decaídos y ofrece un puerto acogedor en el cual refugiarse cuando afloran los problemas en cualquier edad de la vida.

SAN JUAN PABLO II.
Homilía, 10/5/1990.

AQUELLA QUE POSEE EL PRINCIPADO DEL AMOR

Robustecida la sociedad doméstica con el vínculo de esta caridad, es necesario que en ella florezca lo que San Agustín llamaba jerarquía del amor, la cual abraza tanto la primacía del varón sobre la mujer y los hijos

como la diligente sumisión de la mujer y su rendida obediencia, recomendada por el Apóstol. [...] Si el varón es la cabeza, la mujer es el corazón, y como aquel tiene el principado del gobierno, ésta puede y debe reclamar para sí, como cosa que le pertenece, el principado del amor.

Pío XI.
Casti connubii,
31/12/1930.

EL CORAZÓN DE LA FAMILIA

La mujer, como enseña la experiencia, es sobre todo el corazón de la comunidad familiar. Ella es la que da la vida, y la primera educadora, obviamente sostenida por el marido, y compartiendo sistemáticamente con él el entero ámbito de los deberes educativos de los padres. Se sabe, sin embargo, que el organismo humano deja de vivir cuando deja de funcionar el corazón. La analogía es bastante transparente. No puede faltar en la familia la que hace las veces de corazón. [...]

Esta vocación, esencialmente unida al don divino de la maternidad, se expresa también en la misión de esposa y de madre mediante la transmisión de la verdad de la fe y de los valores éticos.

SAN JUAN PABLO II.
Discurso, 13/6/1987.

PEDAGOGÍA DE LA VERDADERA MADRE CATÓLICA

La madre tiene, en esta primera pedagogía de la religión, una tarea tan importante y digna como hermosa y conmovedora. Madres, ¿les enseñáis a vuestros hijos las oraciones cristianas? ¿Los preparáis, en consonancia con los sacerdotes, para los sacramentos de la primera infancia: confesión, comunión, confirmación? ¿Los



Doña Lucilia con su hijo, Plinio

La madre tiene, en esta primera pedagogía de la religión, una tarea tan importante y digna como hermosa y conmovedora; así construye ella la Iglesia

acostumbráis, cuando están enfermos, a pensar en Cristo sufriente? ¿A invocar la ayuda de la Virgen y de los santos? ¿Rezáis el rosario en familia? [...]

Recordad: así es como construís la Iglesia.

SAN PABLO VI.
Audiencia general, 11/8/1976.

AMOR QUE DISPONE AL HOLOCAUSTO INCONDICIONAL

La maternidad puede ser fuente de alegría, pero puede tornarse también fuente de sufrimiento y, a veces, de grandes decepciones. En este caso, el amor se convierte en una prueba, a menudo heroica, que cuesta mucho al corazón de una madre. [...] ¡Qué extraordinaria es en ocasiones su participación en la solicitud del Buen Pastor! ¡Cuánto deben luchar contra las dificultades y los peligros! ¡Cuántas veces son llamadas a enfrentarse a auténticos «lobos», decididos a arrebatar y dispersar al rebaño! [...]

Su principio rector es Cristo, quien reveló el amor que nos es concedido por el Padre. Una mujer que cree en Cristo encuentra un poderoso apoyo precisamente en ese amor que todo lo soporta. Es un amor que le permite tener por cierto que cuanto hace por un hijo concebido, nacido, adolescente o adulto, lo hace al mismo tiempo por un hijo de Dios.

SAN JUAN PABLO II.
Homilía, 24/4/1994.

MADRES QUE REFLEJEN LA LUZ PERFECTA DE MARÍA

A la luz de María, la Iglesia lee en el rostro de la mujer los reflejos de una belleza, que es espejo de los más altos sentimientos, de que es capaz el corazón humano: la oblación total del amor, la fuerza que sabe resistir a los más grandes dolores, la fidelidad sin límites, la laboriosidad infatigable y la capacidad de conjugar la intuición penetrante con la palabra de apoyo y de estímulo.

SAN JUAN PABLO II.
Redemptoris Mater, 25/3/1987.



«Ninguna noche es eterna»



✠ P. Carlos Adriano Santos dos Reis, EP

¿Qué lección podemos sacar de la resurrección de Cristo para el momento presente?

La inquebrantable regularidad con la que se llevan a cabo las celebraciones del año litúrgico, a pesar de las vicisitudes de los acontecimientos terrenales, es una demostración de la majestad celestial de la Iglesia, siempre altiva ante el vaivén caprichoso de las pasiones humanas.

Grandiosa, pero no indiferente, se sirve de la liturgia para manifestarse como madre solícita, reavivando en sus hijos el sentido más elevado de la existencia cristiana. Y la culminación de esta maternidad se ejerce en la celebración de la Pascua, al recordar el principal acontecimiento de los días de su místico Esposo en este mundo: la destrucción de la prisión sepulcral y el paso de la muerte a la vida. ¿Qué aplicación puede tener este episodio inaudito para la Iglesia de hoy y para nosotros individualmente?

La impiedad de los miembros del sanedrín, que creían que todo había terminado al sellar la tumba y custodiarla con soldados tras la consumación del deicidio, contribuyó a enaltecer el mayor milagro de la historia: la Resurrección de Nuestro Señor Jesucristo. Este hecho, la prueba más evidente de su divinidad, se convirtió también en el mayor signo de esperanza en la promesa de una vida imperecedera.

A lo largo de los siglos, la Iglesia católica —el Cuerpo Místico de Cristo inmortal— ha parecido muchas veces hallarse derrotada bajo el peso sepulcral de las más terribles pruebas. Se ha visto abandonada, ultrajada, perseguida, traicionada; y hoy vive momentos de aparente noche... Sin embargo, la misma fuerza sobrenatural que obró la resurrección de

Cristo habita en la Iglesia, asegurándole la constante victoria sobre sus enemigos. Por eso, de una manera incomprensible a los ojos humanos, de la aparente «muerte» en la que yace a los ojos de sus detractores, ella siempre «ha resucitado» y siempre «resucitará».

Lo mismo ocurre en nuestras vidas, si la consideramos desde una perspectiva cristiana. Podemos endulzar nuestras amarguras con muchos lenitivos lícitos, pero ninguno será tan dulce como la actitud inspirada en la figura de la Madre —imagen de la Iglesia— al pie de la cruz: allí estaba Ella, de pie, rebosante de esperanza en la Resurrección.

A veces pasamos por pruebas, dificultades de todo tipo, abandonos, traiciones, tinieblas... No obstante, en nosotros también habita una fuerza restauradora, «resucitadora»: la gracia de Dios, que debe llenarnos de esperanza en relación con la eternidad, sobre todo en los momentos de dolor, que adquieren un nuevo significado, un noble sentido y una razón de sobrenatural alegría con la expectativa de una resurrección tanto más gloriosa cuanto mayores sean nuestros sufrimientos.

Así pues, «La resurrección de Cristo nos enseña que no hay historia tan marcada por el desengaño o el pecado que no pueda ser visitada por la esperanza. Ninguna caída es definitiva, ninguna noche es eterna, ninguna herida está destinada a permanecer abierta para siempre. Por alejados, perdidos o indignos que nos sintamos, no hay distancia que pueda apagar la fuerza infalible del amor de Dios».¹

He aquí la gran lección de la Pascua, el gran consuelo para los hombres rectos que aman por encima de todo a Dios y a su Iglesia: Cristo murió y resucitó. La Iglesia inmortal —y también sus hijos, que participan de esa inmortalidad mientras no pierdan la esperanza— siempre resurge de sus calvarios y sus sepulcros, gloriosa como Cristo en la radiante aurora de su resurrección. ✠

¹ LEÓN XIV. *Audiencia general*, 8/10/2025.



Resurrección de Cristo, de Fra Angélico - Museo de San Marcos, Florencia (Italia)

Reproducción

La Iglesia que Jesús ha querido



✠ P. Manuel Francisco Rodríguez Sancho, EP

Entre las innumerables expresiones elocuentes que el genio francés ha hallado a lo largo de los siglos para expresar ciertas actitudes del espíritu humano, encontramos la siguiente: «*Si j'étais le Bon Dieu...*» —si yo fuera el Buen Dios. Se trata de la vieja tentación que tiene el alma humana de juzgar sus propias concepciones superiores a las del Señor todopoderoso, tendencia que nos llevaría, si por algún absurdo esto nos fuera dado, a «escribir» una historia diferente de la que Dios ha querido.

Este pensamiento bien puede venimos a la mente al analizar los comienzos de la Iglesia, tal y como se reflejan en la liturgia de este domingo.

En el Evangelio encontramos a aquel puñado de hombres, que debían predicar la buena noticia a toda criatura (cf. Mc 16, 15), abatidos por el desánimo y por el miedo entre las cuatro paredes del cenáculo, desprovistos de comunión de criterios —como lo demuestra la actitud de Santo Tomás al dudar del testimonio de sus compañeros (cf. Jn 20, 25)—, frágiles en la fe... ¡Cómo habríamos pensado una Iglesia naciente más «perfecta»!

Sin embargo, el Señor nos da una lección de omnipotencia. Así como entró en ese lugar a pesar de estar «con las puertas cerradas por miedo a los judíos» (Jn 20, 19), no existiría ningún obstáculo insuperable para Él a la hora de guiar en sus primeros pasos a la institución que había fundado. Así lo demuestra la primera lectura, en la que vemos esa misma semillita, aparentemente tan defectuosa, después de Pentecostés.

La cobardía de los discípulos se convirtió en «alegría y sencillez de corazón» (Hch 2, 46), de modo que pasaron a ser apreciados por los mismos judíos que antes los atemorizaban. La desarmonía dio paso a la «comunión fraterna», por la cual «todos los que habían abrazado la fe vivían unidos» (cf. Hch 2, 42.44). Y aquellas puertas cerradas por temores humanos y estrecho espíritu de partido, se abrieron con tal fe, audacia y deseo de conquista que «día tras día el Señor iba agregando a los que se iban salvando» (Hch 2, 47).

Sí... ¡Cuán diferentes son nuestros criterios de los criterios de Dios! Qué distinta habría sido «nuestra» fundación de la Iglesia de la que Nuestro Señor Jesucristo deseaba. Ahora bien, Él quería mostrarnos que es normal que toda obra divina esté marcada por la dificultad y el sufrimiento en sus comienzos y, sobre todo, en su desarrollo, tal como, en la segunda lectura, enseña San Pedro a los primeros cristianos: es necesario «padecer un poco en pruebas diversas» (1 Pe 1, 6). De esta manera, el contraste entre la contingencia humana y la omnipotencia divina da a Dios la gloria que le corresponde.

Hermosa lección para nosotros, que tan a menudo elegimos, para guiarnos en nuestras vidas, criterios excesivamente personales y alejados de los designios divinos. Analicemos, pues, con ojos sobrenaturales las circunstancias que debemos atravesar, especialmente cuando nos contrarían, considerando que Dios siempre envía pruebas para santificarnos, como lo hizo con su Iglesia naciente y a lo largo de todos los siglos. ✠

Si hoy se me diera el poder de guiar los pasos de la Iglesia naciente, ¿lo haría como el Señor?



La incredulidad de Santo Tomás, detalle de la «Maestà», de Duccio di Buoninsegna - Museo dell'Opera del Duomo, Siena (Italia)

Reproducción

El proceso de la conversión



✠ P. Eduardo Miguel Caballero Baza, EP

Jesús está dispuesto a acompañarnos en persona hasta la Emaús de nuestros caprichos, para hacernos volver a la Jerusalén de la fidelidad

La vida espiritual es un proceso. Nadie se santifica de un día para otro, ni tampoco nadie cae en desgracia de la noche a la mañana; todo ocurre paso a paso, tanto para subir como para bajar, pues esta es la vía normal en el estado de prueba en el que nos encontramos en esta tierra.

Así sucedió con los discípulos de Emaús, que pasaron por un proceso de conversión dirigido sabia y delicadamente por Nuestro Señor Jesucristo a lo largo del camino que recorrieron junto a Él. Nosotros también somos acompañados por Jesús en determinados momentos de nuestra vida. Y Él está dispuesto a ir con nosotros hasta la Emaús de nuestros caprichos, para hacernos volver a la Jerusalén de la fidelidad.

El Evangelio no oculta que aquellos dos discípulos partían tristes hacia Emaús, seguramente su tierra natal. Tras unos años invitados a elevarse muy por encima de los modestos horizontes de un israelita común, eso significaba un retorno a la mediocridad. Hablaban y discutían por el camino, tratando de armonizar los terribles acontecimientos de la Pasión con la idea mundana que tenían del Mesías. Y no lo conseguían, porque su mentalidad estaba equivocada, su rumbo era erróneo.

Incluso físicamente, estaban haciendo el camino contrario al del Mesías, que concibió su vida pública como un largo viaje hacia la Ciudad Santa, donde consumaría su misión redentora: «Cuando se completaron los días en que iba a ser llevado al Cielo, Jesús tomó la decisión de ir a Jerusalén» (Lc 9, 51). Sin embargo, en medio de la senda del desánimo, el Señor en persona salió a su encuentro.

Primero en la intención, último en la acción. La intención más profunda del divino Maestro era la conversión de aquellos discípulos,

preparada a lo largo del trayecto mediante la convivencia y consumada en la recepción de la sagrada eucaristía: «Ellos contaron lo que les había pasado por el camino y cómo lo habían reconocido al partir el pan» (Lc 24, 35).

Pero ¿se estaría refiriendo San Lucas realmente a la sagrada eucaristía? Se trata de una cuestión muy debatida entre los exégetas a lo largo de la historia, y aún hoy en día.¹ No obstante, respecto a la expresión «partir el pan», hay que señalar que las palabras del texto griego original son idénticas a las utilizadas por el mismo evangelista para referirse a la celebración eucarística en varios pasajes de los Hechos de los Apóstoles.² Por esta razón, y a pesar de la opinión contraria de distinguidos comentaristas,³ es legítimo suponer, con base en la exégesis actual, que Jesús celebró la eucaristía con los dos discípulos. Y fue precisamente esa sagrada comunión la que obró en ellos una transformación radical: de escépticos, se convirtieron en fieles; de medrosos pasaron a ser valientes.⁴

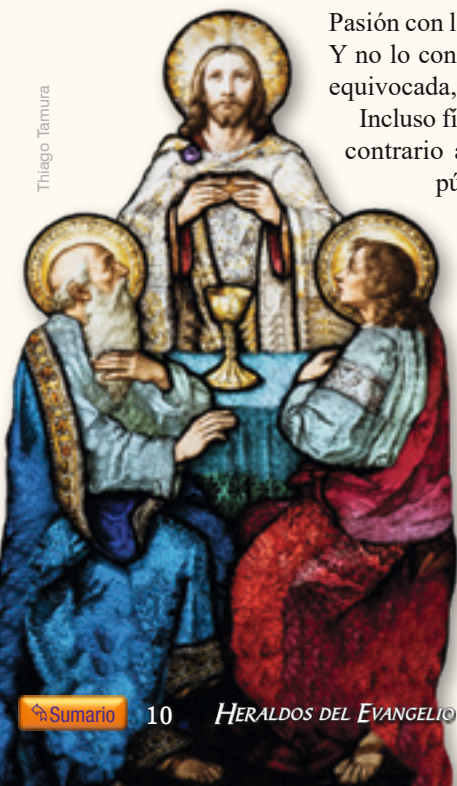
¿Y yo? ¿Estoy en un proceso de conversión a Dios o de alejamiento de Él? ¿Sé reconocer a Jesús caminando a mi lado y explicándome la Sagrada Escritura? ¿O también estoy «ciego»? ¿Qué recorrido estoy haciendo en mi vida? ¿Me dirijo a Jerusalén o a Emaús? Pidamos a la Santísima Virgen que no permita que nos extraviemos en el camino de nuestra salvación. ✠

¹ Cf. CLÁ DIAS, EP, João Scognamiglio. «Una de las más hermosas convivencias de la Historia». In: *Lo inédito sobre los Evangelios*. Città del Vaticano-Lima: LEV-Heraldos del Evangelio, 2014, t. 1, pp. 306-307.

² Cf. Hch 2, 42.46; 20, 7.11; 27, 35. Al respecto, véase: CRIMELLA, Matteo. *Luca. Introduzione, traduzione e commento*. Cinisello Balsamo: San Paolo, 2015, p. 372.

³ Por ejemplo: RICCIOTTI, Giuseppe. *Vita di Gesù Cristo*. Cles: Mondadori, 2008, p. 710.

⁴ Cf. RODRÍGUEZ, SJ, Alonso. *Ejercicio de perfección y virtudes cristianas*. 3.^a ed. Madrid: Testimonio, 1995, p. 1150.



Jesús y los discípulos de Emaús - Catedral de San Francisco Javier, Green Bay (Estados Unidos)

¿Qué voz escucho?



✚ P. Fabio Hideki Kobayashi, EP

Es conmovedor analizar cómo Nuestro Señor Jesucristo se servía de imágenes cotidianas para enseñar a un pueblo predominantemente agrícola y pastoril. En este sentido, las palabras recogidas por el Evangelio de este domingo deben haber llegado de manera especial a determinadas fibras del alma de aquellas personas.

Los rediles, cercados con piedra o madera, tenían en aquella época una sola puerta, que era custodiada por un guarda mientras los pastores descansaban. El vigilante sólo abría esa entrada a los legítimos pastores, los cuales llamaban a sus respectivas ovejas. Éstas, al reconocer la voz de su guía, se separaban de las demás y lo seguían por el camino.

Esta realidad representa muy bien el modo de actuar del Señor. Como «puerta de las ovejas» (Jn 10, 7), Él es el modelo a seguir por todos —pues fuimos creados a su imagen y semejanza—, así como aquel que, por la Redención, nos abre el camino a la salvación.

«Las ovejas atienden a su voz» (Jn 10, 3), que invita constantemente a abandonar las vías del pecado y emprender el camino de la virtud. Ahora bien, Cristo llama a todas las ovejas, pero sólo lo siguen las que lo consideran su Pastor. Hay, por tanto, una separación entre las que han aprendido a reconocer el timbre de su voz y las que siguen otras vías.

Independientemente de las circunstancias históricas, en cada generación el Buen Pastor llama, a través de la voz de sus ministros, a nuevas ovejas, las cuales han de discernir el timbre inconfundible de la verdad. No nos engañemos: por el don de la fe recibido en el bautismo, los fieles poseen un sentido sobrenatural —que la teología llama *sensus fidei*— para reconocer dónde está la voz que debe ser seguida.

Ahora bien, para salvarse no basta con oír la voz; es necesario seguir al pastor. Y la lectura de los Hechos de los Apóstoles nos indica cómo. El primer Papa se encuentra en su predicación inaugural después de Pentecostés, cuando el drama de

la Pasión aún estaba vivo en toda Jerusalén. Sin embargo, proclama las verdades tal como son, sin el más mínimo temor, produciendo un impacto inmenso, con un fruto inmediato: «¿Qué tenemos que hacer?» (Hch 2, 37), interpelan las multitudes.

Escucharon la voz del pastor y su conversión quedó demostrada por el cambio en su forma de actuar y comportarse. San Pedro deja clara la necesidad de este cambio: «Convertíos y sea bautizado cada uno de vosotros» (Hch 2, 38). He aquí el resultado de usar la puerta de la verdad y no intentar saltar el muro de la disimulación, como el ladrón: ese día se realizaron tres mil bautismos.

¿Y yo, puedo afirmar verdaderamente con el salmista, que «el Señor es el pastor que me conduce» (cf. Sal 22, 1-2)? Cuando me llama, ¿reconozco su voz? ¿Estoy atento a sus palabras? ¿O sigo posponiendo mi conversión, fingiendo que no lo oigo y alimentando la esperanza de que ya no me va a exigir nada?

Si me encontrara en esa situación, no debo desesperar: hasta nuestro último suspiro, el Señor siempre vuelve a llamar a cada uno, y está volviendo, para mí, en esta liturgia. Además, nos ha confiado una Madre misericordiosa, puerta por la que el Buen Pastor ha entrado en nuestras vidas y voz que tantas veces invita al mundo a la conversión. ¡Dejémonos, pues, ser guiados por Ella! ✚

Inmerso en el bullicio del mundo contemporáneo, ¿estoy atento, como verdadera oveja, a la voz del único Pastor?

El Buen Pastor - Catedral de Nuestra Señora de la Asunción, Montauban (Francia)



Francisco Lecaros

Ricardo Hucke



Genazzano: devoción de toda una vida

Luiz Fransisco Beccari

Ante el santo fresco nadie puede quedarse al margen de la escena, como mero espectador. Junto a la Madre del Buen Consejo sólo se puede adoptar una postura: unirse a ese Niño y dejarse llevar por la Virgen. Es decir, ¡hacerse hijo!

✦ Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP

En nuestra relación filial con la Madre de Dios, la comprensión de los fundamentos de la mariología ocupa, sin duda, un papel importante; sin embargo, no lo es todo ni su aspecto más relevante.

El factor primordial en la convivencia con la Santísima Virgen consiste siempre en una gracia sensible y de carácter místico, en una experiencia sobrenatural que nos hace «degustar», en lo más profundo del alma, la bondad inefable, compasiva y desbordante del perdón que emana de su mirada maternal.

Esa gracia se manifiesta, no pocas veces, a propósito de las perplejidades y las incertidumbres que nos afligen a lo largo de la vida o incluso en medio de una terrible prueba espiritual. Hasta se podría afirmar que, cuando alguien nutre cierta reticencia hacia la devoción a Nuestra Señora, es señal de que aún no ha pasado por un gran aprieto...

La constatación de lo mucho que María nos quiere y desea ayudarnos a resolver los problemas que nos

angustian, hace que brote en nosotros un sentimiento de indecible gratitud por los beneficios inmerecidamente recibidos.

La percepción místico-experimental de tal bondad, tal capacidad de perdonar, curar las heridas y borrar los pecados, tal disposición de acoger siempre a cualquier miserable que se presente ante Ella, por peor que sea el estado de su alma, da origen a un vínculo personal, íntimo y filial con la Santísima Virgen. Vínculo estrechísimo, porque está arraigado en la propia trama de la vida del individuo y abarca todos los aspectos de su existencia, ya sean las aflicciones, las pruebas y los fracasos, ya las alegrías, las esperanzas y los éxitos.

Génesis de una devoción

En el transcurso del año de 1967, el amor filial a María y el propio vínculo de la sagrada esclavitud de amor a Ella ya habían echado profundas raíces en mi alma. Con todo, una nueva iniciativa de la gracia marcaría perdurablemente mi vida: el «encuentro» con la Madre del Buen Consejo.

En diciembre de ese año, el Dr. Plinio sufrió una grave crisis de diabetes, que culminó con una intervención quirúrgica de urgencia en el Hospital Sirio Libanés y la amputación de cuatro dedos del pie derecho. En esa ocasión recibí la enorme gracia de poder asistirlo personalmente, desde los albores de la enfermedad, cuando todavía guardaba reposo en su residencia, en compañía de su extremosa madre, Dña. Lucilia, hasta la fase final de la convalecencia.

Pocos meses antes de que se manifestaran los síntomas de la dolencia, había llegado providencialmente a manos del Dr. Plinio un libro sobre Mater Boni Consilii, de autoría de Mons. Georges Francis Dillon, misionero irlandés que había residido un tiempo en el santuario de Genazzano. Escrita en inglés, la publicación había sido traducida al francés, idioma en el que la leyó.

Le impresionaron mucho los hechos extraordinarios que allí se narraban sobre la historia del fresco y los fenómenos sobrenaturales observados en

él, en especial las constantes variaciones de color y de expresión fisonómica. Sin embargo, aunque hubiera seguido con atención el suave y discreto movimiento de la gracia en su alma durante la lectura, éste no le había resultado lo suficientemente claro como para discernir en él ningún signo de un cambio de tono o de un nuevo rumbo en sus relaciones con Nuestra Señora.

Además de las molestias y sufrimientos derivados de la diabetes y del postoperatorio, el Dr. Plinio atravesaba una terrible noche oscura del alma, relacionada con los innumerables sinsabores que enfrentaba en los círculos más cercanos de su apostolado y con la perennidad de su obra. Años después, afirmaría que esa prueba espiritual le hacía sufrir mucho más que la enfermedad física.

El día 16 de diciembre, estando aún convaleciente de la operación, en su habitación del Hospital Sirio Libanés, el Dr. Plinio recibió la visita de un grupo de discípulos, algunos procedían del estado de Minas Gerais. Uno de ellos le había pedido a un amigo, que estaba de viaje por Italia, que le trajese una estampa de la Madonna del Buon Consiglio di Genazzano, y deseaba regalársela al Dr. Plinio.

Desenvolvieron entonces la estampa enmarcada de la Madonna y la apoyaron en las piernas del Dr. Plinio, que se encontraba en la cama hospitalaria, recostado sobre varias almohadas. La tomó en sus manos y, visiblemente emocionado, la contempló en silencio durante unos veinte minutos, interrumpido únicamente por breves exclamaciones:

—¡Qué imagen magnífica! ¡Impresionante, extraordinaria! Miren, parece que quiere hablar. Ha cambiado de colores. ¡Qué bondadosa, maternal! ¡Sonríe, dispuesta a ayudar!

Tal como Mons. Dillon¹ comenta en su libro, también con las réplicas impresas del fresco de Genazzano a veces suceden hechos milagrosos. En el cuadro que tenía ante sí, el Dr. Plinio pudo constatar los mismos cambios de

color y de expresión fisonómica que son tan frecuentes en el original. Y, como en una caricia, comprendió que María Santísima le decía: «Hijo mío, no te turbes. Ten confianza, porque tu obra será concluida y tú cumplirás por entero tu misión».

Al referirse a este episodio, el Dr. Plinio revelaría más tarde: «En el momento en que miré la estampa, tuve toda la impresión de que la imagen cobraba vida, sonreía y me hacía entender, por el juego de sus expresiones fisonómicas, que debía tener plena confianza». La sonrisa de Mater Boni Consilii era la respuesta afectuosa a las perplejidades e interrogantes que le afligían.

La contemplación de esta gracia mística recibida por mi padre espiritual dejó huellas indelebles en mi alma, abriéndome un nuevo horizonte en mi relación con María Santísima, que se intensificaría gradualmente a lo largo de los años, hasta constituirse en la columna vertebral de mi devoción a Ella, bajo la particular advocación de la Madre del Buen Consejo de Genazzano.

Remoto origen, convivencia envuelta en misterio

El fresco de la Madonna del Buon Consiglio es una imagen «peregrina» y repleta de imponderables, cuyo origen más remoto se pierde en el misterio. Se sabe que ya se encontraba en Escútari (Albania) hacía más de siete siglos cuando migró a Genazzano, en las cercanías de Roma, en el año 1467.

¿Cuál es su verdadera procedencia? ¿Qué artista genial la pintó? ¿Fue sólo fruto del talento humano o intervino también el concurso angélico? ¿Proviene de una inspiración sobrenatural, de una aparición de la Madre de Dios? ¿La enigmática bordadura del cuello del Niño Jesús constituye un mero ornato o se lee ahí alguna palabra en un idioma desconocido relacionada con su misión? Éstas son algunas de las preguntas que afloran a la mente de un devoto observador cuando considera la riqueza de detalles del fresco,

reflejada en el porte, en los gestos o en las propias vestimentas de sus augustos personajes.

No obstante, nada atrae tanto la atención como la celestial convivencia entre Madre e Hijo allí retratada, cuya contemplación siempre ha sido mi deleite:

«En un gesto de intenso afecto, rebosante de amor, rodea con la mano derecha el noble y delicado cuello de su Madre, mientras con la izquierda sujeta enérgicamente la parte superior de su vestido, como diciendo: “¡Eres toda mía!”. Es tan categórico este conmovedor y divino abrazo, que su mirada derecha parece ligeramente desviada de la línea normal, por el énfasis con el que estrecha su rostro contra el de su Madre Santísima.

»Sin dejar de expresar en nada la fisonomía propia de un niño, el divino Infante no denota, sin embargo, la mínima superficialidad, tan característica de esta etapa de la vida. Por el contrario, como un océano de seriedad, trasparece en Él toda la profundidad y amplitud del entendimiento, toda la fuerza de la voluntad, toda la elevación y nobleza del sentir. Y tiene la más alta conciencia de lo que representa su Madre, del paraíso interior que Ella le ofrece. [...]

»Por su actitud, el Niño Dios parece decirnos a cada uno: “Si quieres algo de mí, pídelo por medio de mi Madre y serás atendido”».²

La cabeza de Nuestra Señora está levemente apoyada en la cabeza del Niño, como indicando la total unión —casi se diría unidad— existente entre ambos, la cual se expresa sobre todo por el intercambio de miradas. ¡Y cómo se miran! ¡Parece tratarse de una sola y misma mirada! Se tiene la impresión de que Ella nos está confiando: «Hijo mío, el Altísimo depositó en mí maravillas jamás imaginadas por los ángeles y santos del Cielo. Por eso, hay misterios de Dios que los espíritus bienaventurados sólo conocen penetrando en mi mirada. Y hay misterios que sólo comprenderán contemplando ese intercambio de miradas entre Madre e Hijo».

De las incontables imágenes o pinturas que representan a la Santísima Virgen con el divino Infante en brazos, que yo conozca, ninguna deja traslucir tanto esa unión como el fresco de Genazzano. Hay algo en la escena que parece sugerir a quien la analiza embelesado: «Si quieres conocer al Niño, es necesario verlo en la mirada de Ella; de modo similar, para conocerla por entero, es necesario verla en la mirada de Él». Ningún hombre podrá penetrar en este intercambio de miradas si no se deja atraer por la sagrada y divina intimidad existente entre Madre e Hijo. Son tantas las maravillas allí contenidas, que la eternidad será insuficiente para desentrañar sus secretos.

Es precisamente este desbordamiento de amor y cariño que experimento cada vez que me acerco a Mater Boni Consilii. Estar ante el sagrado fresco, dejarme penetrar por el intercambio de miradas entre Madre e Hijo, sentirme de alguna manera insertado en esa inefable convivencia, constituye para mí una especie de «pre» visión beatífica, que me llena el alma de consuelo y reaviva todas mis esperanzas interiores. ¡Cuánta alegría, cuánto amparo, cuánto sustento

espiritual recibo allí en los largos coloquios con mi Madre!

Inolvidable encuentro

La primera vez que visité el milagroso fresco fue en noviembre de 1978, durante una estancia en Roma. El otoño europeo estaba ya muy avanzado y, acostumbrado a la suavidad de esa estación en Brasil, yo aún no conocía sus rigores. Tampoco sabía cómo ir, por mí mismo, a la pequeña y encantadora Genazzano, razón por la cual le pedí a un amigo de la Ciudad Eterna que me acompañase.

Tomamos un autobús en la estación de Termini, que iba parando en todos los pintorescos pueblecitos medievales que había por el camino, hasta llegar por fin a Genazzano. Entramos en el santuario inmediatamente después de almorzar.

Al ver el fresco, sentí una gran alegría. La Virgen nos recibió con mucha ternura

maternal y me arrebató el alma por completo, confirmando mis anhelos respecto a su victoria sobre la Revolución. Aproveché la ocasión para tomar diversas fotografías y permanecí allí durante mucho tiempo, en una bendita convivencia. Pero en determinado momento, cuando el sol ya se había puesto, un sacerdote comenzó a hacer sonar el manajo de llaves, indicándonos que había llegado la hora de cerrar la iglesia.

Este primer contacto constituyó el marco inicial de una relación con la Madre del Buen Consejo llena de intimidad y afecto, de confidencias y orientaciones sobre los caminos a seguir. En el viaje de vuelta, temblaba de frío, pues no me había llevado ropa de abrigo y las ventanas del autobús estaban abiertas. No obstante, embargado por un enorme consuelo,

aún continuaba absorto en las consideraciones sobre la fisonomía de la imagen, su atractivo y sus colores.

Los beneficios de ese breve encuentro con Mater Boni Consilii fueron inmensos y me llevaron a hacer un propósito: en la medida en que mis obligaciones de apostolado lo permitiesen, no dejaría pasar mucho tiempo sin volver a Genazzano, pues ya no conseguiría vivir lejos de la celestial convivencia con la Madre y el Niño en el bendito fresco. De hecho, en las décadas siguientes, la Virgen me brindaría la oportunidad de visitarla innumerables veces.

«Estréchame en tus brazos maternas»

Tendría muchos hechos que narrar. Pero ¿cómo concluir en breves líneas una convivencia que empezó en 1978 y se prolonga, durante más de cuatro décadas, hasta nuestros días?³



Archivo Revista



João S. Clá Dias

«Estar ante el sagrado fresco, dejarme penetrar por el intercambio de miradas entre Madre e Hijo, sentirme de alguna manera insertado en esa inefable convivencia, es para mí una especie de “pre” visión beatífica»

Fresco de la Madre del Buen Consejo, fotografía tomada en noviembre de 1978 por Mons. João (en el destacado, en aquella ocasión). En la página anterior, el fundador de los Heraldos en el santuario de Genazzano, en marzo de 2005.



Archivo Revista

Un hijo es aquel que comprende por entero a su madre y sabe discernir sus actitudes de alma a través de simples gestos o miradas

Santa misa celebrada por Mons. João ante el milagroso fresco, en febrero de 2006

Constantemente Nuestra Señora me está invitando a vivir abandonado a sus cuidados, a sus atenciones y a su amparo, envolviéndolo en el mismo amor con el que Ella cubre a su divino Hijo.

En efecto, cada vez que rezo ante el fresco de Mater Boni Consilii o incluso ante alguna réplica, siento mi alma, por así decirlo, ungida por un bálsamo que me da nuevas fuerzas para mi lucha, nuevo aliento para mis días y nuevas gracias para mi vida. ¡La Señora del Buen Consejo es para mí una sonrisa de la Providencia, un faro en las tempestades, una estrella brillante en las noches oscuras!

Hay algo misterioso en el cuadro, que hace que la convivencia con Nuestra Señora sea tan sublime y elevada que excluye cualquier forma de comunicación humana o incluso angélica: Ella nos habla directamente al corazón. ¿Cómo? Conversando con nosotros a través de la mirada. El buen consejo que nos da aparece estampado en su mirada, que a veces se manifiesta afectuosa y maternal, a veces seria y grave y a veces inexorable y justa... Podríamos pasar días y días, y hasta eternidades enteras, comentando su mirada, pues ¿quién puede abarcar

la envergadura de la mirada de María Santísima? Nadie... o mejor dicho, únicamente el Niño que Ella lleva en sus brazos.

Sin embargo, ante el santo fresco nadie puede quedarse al margen de la escena, como mero espectador. ¡No! Junto a Mater Boni Consilii sólo se puede adoptar una postura: unirse a ese Niño y dejarse llevar por la Virgen. Es decir, ¡hacerse hijo!

El hijo es aquel que comprende por entero a su madre y sabe discernir sus actitudes de alma a través de simples gestos o miradas. No obstante, cuando existe una correspondencia de amor perfecta entre madre e hijo, se produce una convivencia aún más sublime: ambos pasan a tener un solo corazón. De manera que si me pidiesen que representara el corazón de los celestiales personajes del fresco, pondría solamente uno, y no dos corazones... Eso es ser hijo, y éste es el grado de unión con Nuestra Señora al que cada uno de nosotros está llamado.

Pero no es lo único. Nadie puede ser verdadero hijo de la Virgen sin que su alma no haya alcanzado las cimas de la confianza... ¿Qué cimas son éstas?

Miremos una vez más la imagen y allí encontraremos la respuesta: ¡esas cimas son los brazos maternos de María! Quien no tenga la confianza de llegar hasta Ella y arrojarse a sus brazos, no puede ser llamado hijo suyo.

Por eso, al concluir este sucinto relato sobre mis relaciones con la Madre del Buen Consejo de Genazano, me dirijo a Ella en espíritu para pedirle: «Madre mía, piensa en mí y estréchame en tus brazos maternos, pues solamente en ellos aprenderé las maravillas de tu amor». ✠

Extraído, con adaptaciones, de: *¡María Santísima! El Paraíso de Dios revelado a los hombres.*

Lima: Heraldos del Evangelio, 2021, t. 1, pp. 98-151.

¹ Cf. DILLON, George Francis. *The Virgin Mother of Good Counsel*. London: Granville Mansions, 1884, pp. 93-102.

² CLÁ DIAS, EP, João Scognamiglio. *Mãe do Bom Conselho*. 3.ª ed. São Paulo: Lumen Sapientiae, 2016, pp. 26-29.

³ Monseñor João, fallecido en el año 2024, escribió estas líneas en el 2019.

Madre del Buen Consejo de Genazzano

La Consejera admirable

El pequeño fresco de Mater Boni Consilii se vuelve grande por su historia: un origen misterioso, milagros extraordinarios, victorias prodigiosas... una conjetura sobre el futuro.

✦ Artur Pereira de Morais



Estamos en Genazzano. Situada en una colina del Lacio, la ciudad nos cautiva por su arquitectura medieval, sus tortuosas callejuelas, sus casas, que a lo largo de los años, para asombro de los ingenieros, han ido amontonando habitaciones y pisos. Cada esquina parece haber sido diseñada artísticamente: aquí un pasaje que se convierte en la escalera de una vivienda, allá una «avenida» donde charlan tres amigos, generando un tráfico excesivo...

Pero, para Europa, ¿qué es Genazzano? ¿Qué es Genazzano comparada con Venecia, ciudad donde el cielo y las aguas se besan? ¿Qué es Genazzano comparada con París, en la que rivalizan en belleza maravillas como Notre Dame o la Sainte Chapelle? Un simple pueblecito, como muchos otros.

Sin embargo, fue a ese ignoto rincón donde el papa León XIV quiso hacer su primera visita como pontífice. ¿Qué lo atrajo hasta allí? Un sencillo fresco de la Santísima Virgen, ya marcado por el tiempo y ubicado en una capilla lateral de cierto santuario. Ahora bien, ¿qué tiene de tan especial dicha pintura?

En Escútari, las primeras batallas

Las primeras noticias de esa devoción provienen de Escútari, una pequeña localidad situada en las colinas albanesas.¹ Cuenta una antiquísima tradición que a mediados del siglo XIII un fresco de Nuestra Señora, de rasgos finos y maternales, apareció allí misteriosamente, traído desde Oriente por manos angélicas en el mismo momento en que la santa casa de Nazaret era trasladada a Loreto.

En ese lugar se construyó un santuario, que enseguida se convirtió en el mayor centro de peregrinación del país. Numerosos albaneses acudían diariamente a los pies de su patrona,² —Nuestra Señora de Escútari o de la Anunciación, como se la llamaba—, para pedir o agradecer favores. No obstante, cuando en 1423 la ciudad fue tomada por los turcos del sultán Murad II, una nueva súplica se añadió a las peticiones de los peregrinos: la liberación del yugo que los oprimía.

La Virgen quiso poner a prueba la perseverancia de sus hijos durante dos décadas, hasta que en 1443 suscitó un

libertador para la nación: Jorge Castriota, conocido como Skanderbeg,³ príncipe albanés secuestrado en el ataque de 1423 y hecho jenízaro⁴ por la fuerza, que aprovechó la invasión planeada de Hungría para regresar, con otros trescientos católicos —también jenízaros involuntarios— a las filas cristianas.

Luchando bajo el estandarte de la cruz, reconquistó rápidamente el territorio que le pertenecía por herencia, y Albania, libre de la opresión turca, el 13 de noviembre de 1443 pudo escuchar las campanas de las iglesias romper su largo silencio. Siguió veinticuatro años de duras victorias hasta que, en enero de 1467, tras haber combatido por última vez en esta tierra contra los enemigos de Cristo, Skanderbeg, espada y escudo de la cristiandad,⁵ durmió el sueño de los justos.

Una larga travesía

Poco después de la muerte del valiente príncipe, la fe entró en agonia. Las costumbres se degradaron; el cisma se abrió paso en Albania, incluso en Escútari, donde ya no se

Genazzano, un pequeño pueblo situado en una colina del Lacio, alberga un sencillo fresco de la Santísima Virgen cuya historia se pierde en las brumas del tiempo

Vista de Genazzano (Italia)

encontraban flores adornando el altar de la patrona, ni fieles rezando a sus pies como antaño. Además, la amenaza de una nueva dominación turca se cernía sobre el pueblo.

En este contexto, De Sclavis y Georgio, dos soldados de Skanderbeg, se hallaban ante un terrible dilema: huir del país y abandonar a su patrona o caer en manos mahometanas. Atormentados por esta duda, acudieron ante la presencia de la santa imagen y le rogaron una solución.

Esa misma noche, mientras dormía, Georgio soñó con la Madre de Dios: Ella le ordenaba que se preparara para acompañarla en un largo viaje. Al despertar al día siguiente, se apresuró a contarle a su compañero lo sucedido, y éste le refirió un relato similar.

Tomados por una indescriptible alegría, ambos se dirigieron al santuario para dar gracias a su Señora y he aquí que, mientras rezaban, el fresco se desprendió suavemente de la pared y, envuelto en una nube blanca y luminosa, comenzó a salir de la iglesia. Los dos soldados lo acompañaron treinta kilómetros hasta las orillas del Adriático. Habiendo continuado la imagen su camino por el mar, se dieron cuenta, estupefactos, de que el agua se volvía sólida bajo sus pies. Así, recorrieron —no se sabe en cuánto tiempo— los más de quinientos kilómetros que separan Escútari de Roma, sin padecer sed, hambre, calor, frío ni cansancio.

Al llegar a las puertas de la Ciudad Eterna, el fresco desapareció, dejando a los dos extranjeros angustiados, pensando que se trataba de un castigo por alguna falta. Más tarde, lo encontrarían de nuevo en un pueblecito cerca de Roma.

En Genazzano, se prepara el trono de la Reina

Mientras tanto, en la pequeña localidad de Genazzano, separada de Roma por poco menos de cincuenta kilómetros, vivía Petruccia Nocera, viuda y



El fresco milagroso de Escútari abandonó Albania y eligió Genazzano como su nuevo feudo

Llegada del fresco a la ciudad - Santuario de la Madre del Buen Consejo, Genazzano (Italia)

terciaria agustina muy devota de la Madre del Buen Consejo.⁶ Afligida por el desolador estado en el que se encontraba la cristiandad —una Europa ablandada por el humanismo, la llama del ideal de cruzada extinguida por la sensualidad en las almas de los príncipes católicos y las costumbres corrompidas—, suplicaba constantemente al Cielo una intervención divina.

Un día, recibió una magnífica revelación: la Santísima Virgen, en el fresco milagroso de Escútari, abandonaría Albania y elegiría Genazzano como su nuevo feudo. En cuanto a ella, Petruccia, debía reconstruir el antiguo templo dedicado a la advocación de la Madre del Buen Consejo para albergar la santa imagen. La devota viuda se puso manos a la obra rápidamente. Empleó los pocos recursos que poseía, incluso entregando su propia casa para cumplir el celestial encargo.

Sin embargo, cuando las paredes de la capilla de San Blas, la primera en reconstruirse, alcanzaron tan sólo un metro de altura, se acabó el dinero y las obras se interrumpieron. Petruccia,

ya octogenaria, pronto se convirtió en objeto de desprecio y burlas por parte de los demás habitantes del pueblo, que irónicamente le aplicaban el pasaje de las Escrituras: «Empezó a construir y no pudo acabar» (Lc 14, 30). Pero la Consoladora de los afligidos no tardaría en socorrer a su sierva fiel.

Una visita inesperada

El 25 de abril de 1467, Genazzano estaba de fiesta. Se había reunido allí una feria municipal con ocasión de la solemnidad del santo patrón de la ciudad, San Marcos. La vivacidad típica del pueblo italiano componía una escena tan rica que difícilmente un artista podría plasmarla con exactitud, sin perder varios de sus aspectos...

No obstante, en medio de la música popular, de las animadas conversaciones, del bullicio de los niños que jugaban y de las voces de los vendedores, una visión inesperada llenó a todos de estupor. Se hizo el silencio y una nube luminosa descendió lentamente sobre una de las paredes inacabadas de la pequeña capilla de San Blas.



Para aumentar la sorpresa general, he aquí que comenzaron a repicar milagrosamente las campanas de todas las iglesias de Genazzano. La población se apiñó rápidamente en el recinto y, cuando los rayos de luz habían disminuido su intensidad, pudieron contemplar un bellissimo fresco de la Santísima Virgen con el Niño Jesús en brazos. Durante esa noche, la multitud permaneció allí, de rodillas, en señal de amor y gratitud.

La noticia se difundió de inmediato y numerosos peregrinos de todas partes empezaron a visitar el santo fresco, pidiendo gracias, agradeciendo favores y dejando donativos para la reforma del templo, que pronto fue reanudada y concluida. Tal era el caudal de milagros obrados por intercesión de Nuestra Señora que sólo en los primeros 110 días se registraron 167, de entre los cuales algunos llaman especialmente la atención.

Muertos resucitan

Antonietto de Castelnuovo tenía un siervo fiel, Constantino de Carolis, a quien apreciaba mucho. Éste había sido acometido por una grave enfermedad y, tras recibir los sacramentos, entregó su alma a Dios.

Su señor, conmovido por la pérdida de tan estimado servidor, se postuló junto al cadáver y prometió que si Nuestra Señora le devolvía la vida, lo llevaría al altar de Genazzano para dar gracias. Osada súplica, sin duda, pero que la Virgen recibió con agrado. Para asombro de todos los presentes, el sirviente abrió los ojos y se incorporó, pidiendo algo para comer.

Al ser informado de la promesa hecha por su señor a la Madre de Dios, el resucitado emprendió el camino para, junto con él, dar gracias a los pies del sagrado fresco por tan portentoso milagro.

Los demonios huyen

Sin embargo, más que por la salud del cuerpo, María Santísima vela por

la salud del alma de sus hijos. En este sentido, son numerosos los relatos de milagrosas curaciones de una de las enfermedades espirituales más terribles: la posesión diabólica.

Uno de esos casos fue el de Niccola Greco, quien, después de beber un licor hechizado, fue apresado por un demonio que lo hacía enloquecer de ira, llegando a veces incluso a correr de un lado a otro con una espada desenvainada.

Sus padres, desconcertados, habían oído los relatos de algunos milagros obrados por la imagen de Genazzano y decidieron llevar allí a su pobre hijo endemoniado. Tan pronto como el joven fue introducido en la capilla, el espíritu maligno lo abandonó y recuperó la salud y la paz perdidas hacía tanto tiempo.

Incrédulos recuperan la fe

Hubo también otra terrible enfermedad espiritual, esta vez culpable, que encontró una milagrosa curación ante la Madre del Buen Consejo: la incredulidad.

Para el impío Antonio Cerroni, residente de Pisciano, los maravillosos prodigios realizados por el santo fresco no eran más que una ridícula fantasía inventada por religiosos. Por eso, se reía y se burlaba de la nueva devoción que, con el paso del tiempo, se difundía cada vez más.

Un día tuvo que viajar a Genazzano para ocuparse de unos asuntos. Impulsado por la curiosidad, decidió visitar el templo donde ocurrían los supuestos milagros. Pero eso no le fue posible porque nada más cruzar el umbral del santuario cayó al suelo con los miembros paralizados.

Al darse cuenta de que aquello era un castigo por su ostensiva impiedad, formuló entre lágrimas una petición de misericordia, confesando públicamente su pecado. Al terminar la súplica, recuperó la movilidad y consiguió dirigirse a la capilla, donde se presentó ante aquella que acababa de concederle los movimientos corporales y, sobre todo, el inestimable don de la fe.

Madre y Protectora de la cristiandad

Si Nuestra Señora del Buen Consejo siempre se ha mostrado solícita en ayudar a cada uno de sus devotos en particular, no ha dedicado menos atención a la Santa Iglesia en su conjunto.

En pleno siglo XVI, por misericordia de Dios, un santo fue elevado al trono de Pedro: San Pío V, ferviente devoto de la Madre del Buen Consejo. Consumido «en celo por el Señor» (cf. 1 Re 19, 10), percibió la urgente necesidad de reunir a las naciones católicas en un ataque contra el islam, que amenazaba a la cristiandad tanto por tierra como por mar. No obstante, la mayoría de los monarcas católicos, muy ocupados en los intereses temporales, no compartían la misma convicción.

Ante tanta dificultad, el sumo pontífice decidió recurrir a su incomparable Consejera. Tras muchas oraciones e innumerables esfuerzos, logró que España, Venecia, Génova y, por supuesto, los Estados Pontificios se coligaran bajo el mando del joven Juan de Austria y su lugarteniente, Marco Antonio Colonna, príncipe genazzanense y gran devoto de Mater Boni Consilii.

Al amparo de la devoción al santo rosario, los católicos obtuvieron la victoria en la célebre batalla de Lepanto, el 7 de octubre de 1571, evitando así que Europa y, en consecuencia, la recién descubierta América, cayeran bajo el dominio musulmán. En agradecimiento por el auxilio, Marco Antonio y otros combatientes locales trajeron sus trofeos de guerra y los depositaron en la capilla de la Madre del Buen Consejo. Estos adornos bélicos permanecieron allí hasta la Revolución francesa.

El sitio de Viena

Derrotados por mar, los turcos continuaron avanzando por tierra. Una vez más, el mayor desafío de los cristianos consistía en reunir tropas para afrontar el poderío otomano. Fue entonces cuando, el 17 de noviembre de 1682,



Archivo Revista

La Madre del Buen Consejo no sólo disipa las angustias y dificultades que afligen a los hombres individualmente, sino que también los protege cuando, en su conjunto, se ven amenazados de destrucción

En el destacado, Nuestra Señora del Buen Consejo. De fondo, la capilla donde se encuentra el fresco milagroso de la Virgen, en el santuario dedicado a Ella en Genazzano (Italia).

Gustavo Kralj

el Beato Inocencio XI decidió coronar con oro y piedras preciosas la frente de la Madre del Buen Consejo, implorando al Cielo la unión de los católicos para luchar contra los enemigos de la cristiandad.

Casi un año después, Leopoldo I, emperador de Austria, y Juan Sobieski, rey de Polonia, aunaron esfuerzos y el 12 de septiembre de 1683 libraron batalla contra los musulmanes que sitiaban Viena, consiguiendo otra milagrosa victoria, también bajo la protección de Nuestra Señora del Buen Consejo, cuya réplica se veneraba en una de las iglesias de la capital imperial.

Respecto de estos dos grandes acontecimientos de la historia de la Iglesia, Mons. João comenta: «Lepanto y

Viena. He aquí dos de las más significativas batallas en las que estuvo en juego el futuro de la cristiandad. Tanto en Lepanto como en Viena, se hizo sentir la protección celestial de Nuestra Señora del Buen Consejo. Ésa es, sin duda, una de las características de las intervenciones obradas por la santa imagen de Genazzano: no sólo disipa las angustias y elimina las dificultades que afligen individualmente a todos los hombres, sino que también los protege cuando, en su conjunto, se ven amenazados de destrucción. A esos dos ejemplos históricos bien se les puede aplicar la estrofa del himno de las Congregaciones Marianas: “De mil soldados no teme la espada quien lucha a la sombra de la Inmaculada”».⁷

¿La historia se repite?

Analizando un poco la historia de Mater Boni Consilii, percibimos una constante que se manifiesta desde las heroicas conquistas de Skanderbeg hasta las milagrosas victorias en Lepanto y Viena: un mundo debilitado por una crisis espiritual y amenazado por enemigos; un puñado —o a veces una sola alma— que, por permanecer fiel y pedir auxilio, se vuelve invencible; una intervención milagrosa que corona la perseverancia de los buenos.

Todo esto nos viene a la mente al ver al papa León XIV, felizmente reinante, rezando a los pies del fresco momentos después de su elección. Surge entonces en nuestro espíritu una pregunta: ¿la historia se repite? ❖

¹ Los datos históricos de este artículo han sido tomados de la obra: CLÁ DIAS, EP, João Scognamiglio. *Mãe do Bom Conselho*. 3.ª ed. São Paulo: Lumen Sapientiae, 2016.

² Aunque la proclamación oficial no se hizo hasta 1895, las tradiciones más antiguas muestran

que los albaneses, desde la aparición milagrosa, ya consideraban a Nuestra Señora del Buen Consejo su patrona (cf. CLÁ DIAS, *op. cit.*, p. 83).

³ Por su valentía recibió el apodo de Alejandro y como era príncipe lo llamaban «Alejandro el Príncipe» — *Iskender*

Bey en turco, modificado a Skanderbeg (*Skënderbeu*) por los albaneses.

⁴ Cuerpo de élite mahometano, formado por cristianos que se pervertieron al islamismo en la infancia o la adolescencia.

⁵ Cf. PASTOR, Ludwig von. *Historia de los Papas*. Desde

finis de la Edad Media. Barcelona: Gustavo Gili, 1910, t. IV/2, p. 84.

⁶ Desde el siglo IV, se veneraba en Genazzano un bajorrelieve de mármol en honor a la Señora del Buen Consejo.

⁷ CLÁ DIAS, *op. cit.*, p. 213.

«¿Quieres un consejo?»

En el fondo de nuestras almas, María parece decirnos: «Hijo mío, hija mía, ¡confía! Confía en mí y yo te guiaré por el camino seguro».

✠ Hna. Patricia Victoria Jorge Villegas



Numerables veces hemos escuchado a nuestro añorado fundador comentar la parábola del hijo pródigo, analizando los personajes que componen el escenario divinamente ideado por Nuestro Señor Jesucristo: el padre, el hermano mayor, el propio hijo pródigo en sus diversas actitudes de alma. No obstante, un día nos sorprendió oírle comentar una cuarta figura, ausente de la parábola, pero probablemente contemplada por el Salvador: la madre de los dos jóvenes.¹

¿Cuál habría sido la actitud de esa madre al ver a su hijo menor abandonar la casa paterna y aventurarse en el mundo? Ante todo, no le habría dejado marcharse... Y si por casualidad el hijo lograra escaparse de casa, la madre, entristecida por su alejamiento, no se contentaría con esperar resignada su regreso, sino que saldría a buscarlo incansablemente hasta traerlo de vuelta.

Esta bellísima reflexión nos ayuda a comprender la época histórica en la que vivimos. En efecto, la humanidad de nuestros días es una «hija pródiga» de Dios, sobre la cual deberá descender un gran perdón. Sin embargo, no puede volver por sí misma a la casa paterna y necesita una madre misericordiosa que la rescate. ¿Dónde encontrar una madre tan bondadosa y afable? Una respuesta segura puede estar en el sublime fresco de Nuestra Señora del Buen Consejo.

Analícemos con detenimiento algunos aspectos de ese fresco y veamos

cómo encierra, en cada detalle, una sonrisa maternal.

Consejo de María, consejo de Cristo

La primera particularidad que merece atención es el título dado a la Santísima Virgen, invocada en la pintura como aquella que puede darnos un *buen consejo*.

Ahora bien, ¿cómo definir el concepto *consejo*? En términos generales, se trata de una recomendación destinada a resolver un problema específico. Por eso, en circunstancias difíciles, que requieren decisiones serias, nada puede ser más útil que recibir un buen consejo. Desde este punto de vista, no podría haber nadie más fidedigno que Nuestra Señora para aconsejarnos en cualquier situación; al fin y al cabo, Ella es la Madre de la Sabiduría encarnada.

A menudo, al contemplar el fresco de Genazzano, pasa desapercibida una peculiaridad: la mirada de la Virgen no se dirige al fiel que se encuentra ante Ella, como suele ocurrir en la mayoría de las imágenes de Nuestra Señora, sino que su cabeza se inclina ligeramente hacia el Niño, indicándonos que Jesús es la fuente de toda la sabiduría extraída por Ella para aconsejarnos. Por esta razón, el divino Infante, a pesar de ser pequeñito, es representado con la fisonomía de quien ya ha alcanzado la madurez.²

En esa mirada entre Madre e Hijo, además, se manifiesta la unión de voluntades entre ambos, de tal manera

que María nos transmite lo que Jesús desea, guiándonos por los caminos que la voluntad divina ha ideado para nuestras vidas. Así pues, sus consejos gozan de la exactitud e infalibilidad de las propias palabras de su divino Niño.

Por otro lado, el gesto filial del Infante al abrazar a su Madre Santísima nos ofrece un ejemplo de la intimidad con la que debemos recurrir a María, que también es Madre nuestra, y de la disposición de alma necesaria para recibir sus consejos. Según considera el Dr. Plinio Corrêa de Oliveira,³ al asirse con sus deditos al cuello de Nuestra Señora, el Niño Jesús no sólo quiere sujetarse, sino también hacer que el rostro de Ella se gire hacia Él, como diciendo: «¡Mamá, mírame!». Es la oración perfecta de un buen hijo.

Mirada incomparable

En su vida terrenal, la Virgen poseía en grado eminente el don de transmitir a quienes se acercaban a Ella las virtudes que rebosaban de su alma.⁴ De hecho, es propio de la virtud perfecta no sólo practicarse individualmente, sino «contagiar» a otras almas.

Podemos imaginar, por ejemplo, cuando se encontró con María Magdalena, aún pecadora, y, por primera vez, sus miradas se cruzaron. ¿Qué debió de pasar por aquella pobre alma en tan augusto momento? Misterios de la gracia... No obstante, es posible considerar que la pureza de Nuestra Señora, como un manto blanquísimo, cubrió

su corazón empedernido y, del fango de su libertinaje, comenzó a brotar el lirio de la virginidad que le sería restaurada pronto.

Algo similar sigue obrando la Santísima Virgen a través de su fresco. Cuántas y cuántas veces las almas se desesperan ante sus miserias y faltas, y no saben a quién acudir para abandonar el vicio... No tienen fuerzas para reconocer sus errores y recibir el perdón de Dios. ¿Qué hacer? Simplemente, recurrir a la Madre del Buen Consejo. No siempre pronuncia palabras, pero habla con claridad por la acción de la gracia divina, más valiosa que todos los discursos. Basta con contemplar el fresco para que la inocencia perdida empiece a ser restaurada. A continuación, Nuestra Señora fortalece el alma para que busque un sacerdote y reciba, en el sacramento de la confesión, la consumación de la obra de misericordia iniciada por su purísima mirada.

Comunicación que trasciende la palabra

Mientras que los dulces ojos de María, de rasgos ligeramente orientales tan bellamente representados en el fresco, acentúan aún más su maternidad y su afecto, los labios, que esbozan una discreta sonrisa, revelan la seriedad habitual de quien tiene el alma en paz, siempre dispuesta a un encuentro con Dios. «María era en todas las cosas seria y circunspecta, no reía nunca, hablaba poco, solamente decía lo necesario, escuchaba con facilidad, siempre afable con todo el mundo»,⁵ relata un antiguo retrato de la Santísima Virgen.

Ciertamente, cuando caminaba por las calles de Nazaret, María saludaba con afabilidad a sus vecinos y conocidos, y quizá a algunos afortunados transeúntes. Más tarde, también favoreció a los Apóstoles con innumerables sonrisas, que acompañaban sus palabras y consejos. Y todo esto, que no quedó registrado en los evangelios, nos lo transmite el fresco de Genazzano en sus inefables «cambios de fisonomía».



Archivo Revista

La Madre del Buen Consejo obra así: por los imponderables de su rostro, penetra poco a poco en nuestra alma hasta embalsamarla por completo

Monseñor João y sus hijos espirituales visitan el sagrado fresco en marzo de 2006

Nuestra Señora del Buen Consejo actúa así: a través de los imponderables de su rostro, penetra poco a poco en nuestra alma hasta embalsamarla por completo, obrando una misteriosa conversión. Parece estar viva ante nuestros ojos, y su voz suave, serena y maternal susurra en lo hondo de nuestros corazones aquella sublime recomendación, siempre adecuada a la necesidad humana, que señala un rumbo infalible: «¡Confianza!».

Nuestra Señora restaurará la humanidad

«¿Qué me ha ocurrido?», se preguntaba Joris-Karl Huysmans, conocido literato francés, cuando se vio convertido a la religión católica por una gracia misteriosa. ¿Cómo era posible que, hundida en el abismo del vicio y del pecado, su alma deseara cambiar y recorrer el camino de la penitencia y de la santidad? Al no hallar respuesta en el mundo a tal interrogante, reconoció: «Es la Virgen quien actúa en estos casos sobre nosotros; es Ella quien nos amolda y nos pone en las manos del Hijo, pero sus dedos son tan delicados, tan fluidos, tan cariñosos que el alma que han transformado no siente nada».⁶

Pues bien, tal como sucedió con Huysmans, y como sucede en el interior de cada uno de nosotros, llegará el día en que Nuestra Señora intervendrá en la Historia, restaurando en la humanidad la vida de la gracia y derramando sobre todo lo creado la plenitud de los efectos de la Redención. Pase lo que pase, miremos al fresco de la Madre del Buen Consejo, que nos dirá: «Hijo mío, hija mía, ¡confía! Y yo te guiaré por el camino seguro». ✚

¹ Cf. CLÁ DIAS, EP, João Scognamiglio. *Homilia*. Mairiporã, 18/3/2007.

² Cf. CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. *Reunião*. São Paulo, 22/8/1988.

³ Cf. CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. *Charla*. São Paulo, 8/10/1971.

⁴ En este sentido, Santo Tomás de Aquino afirma que la Santísima Virgen superó a los ángeles en pureza, pues no sólo fue pura, sino que alcanzó la pureza para otros (cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO. *In salutatio-nem angelicam expositio*, n.º 1120).

⁵ LE MULIER, Henri. *Vie de la Très-Sainte Vierge*. Paris: Abel Pilon, 1859, t. 1, p. 372.

⁶ HUYSMANS, Joris-Karl. *En route*. Paris: P. V. Stock, 1899, p. 28.



El don de la «aventura»

La persona que actúa bajo el influjo del don de consejo juzga instantánea e infaliblemente cuál es la mejor manera de proceder. Pero a veces el medio encontrado escapa a los patrones humanos, pues los dones obran al modo divino.

✠ João Domingos Rodrigues Palhares



Saladino, uno de los líderes más poderosos del siglo XII, sale de Egipto hacia Jerusalén al frente de veintiséis mil caballeros de élite. La Ciudad Santa cuenta con el único auxilio de un rey leproso de tan sólo 16 años, Balduino IV, que convoca a todas las fuerzas del reino: no son más de cuatrocientos caballeros, la mayoría de segunda categoría... Desde lo alto del monte Gisard, el joven soberano contempla la horda invasora y se percató de que, por cada uno de sus soldados, hay setenta egipcios. Toma la iniciativa. ¡Ataca!

¿Impulsividad?

* * *

Juana de Arco, la doncella que comandaba todos los ejércitos de Francia en la guerra de los Cien Años, es juzgada por presuntas revelaciones y supuestos milagros. Los jueces la acusan de brujería y la ponen a prueba con una pregunta que casi induce a una respuesta comprometedor: «¿Estás en estado de gracia?». Si niega estarlo, sus prodigios no podrían ser obra de Dios; si lo afirma, confesaría ser una orgullosa, indigna de recibir el apoyo del Cielo. Sin embargo, Juana da de inmediato una réplica que se convertiría en un hito para la teología moral en cuanto a la conciencia personal del estado de gracia.

¿Precipitación?

* * *

Unos monjes suben a un bote, liderados por San Brandán el Navegante. Las

brumas irlandesas del siglo VI los envuelven. En esa frágil embarcación se lanzan a los imprevistos del océano, sin mapa, sin brújula, sin otros instrumentos que la salmodia continua, el crucifijo y el deseo de evangelizar las tierras al occidente del Atlántico. No obstante, ni siquiera saben si esas tierras existen realmente...

¿Imprudencia?

* * *

Ni impulsividad, ni precipitación, ni imprudencia. En verdad, querido lector, se trata de tres golpes de prudencia, y en su expresión más perfecta y audaz, que es el don de consejo. Sí, porque este don no consiste tanto en dar buenos consejos, sino en ser impulsados por irresistibles soplos del Espíritu Santo.

Los siete dones

Siete son los dones del Paráclito: sabiduría, entendimiento, ciencia, consejo, fortaleza, piedad y temor de Dios. Tales favores divinos se definen como «hábitos operativos sobrenaturales infundidos por Dios en las potencias del alma para recibir y secundar con facilidad las mociones del propio Espíritu Santo al modo divino o sobrehumano».¹

Esto es mucha información... Analicémosla por partes, destacando las expresiones más relevantes.

Se trata de *hábitos operativos*, es decir, cualidades que disponen el alma a seguir las mociones del Espíritu Santo *con facilidad*, prontitud y deleite, como algo enteramente connatural.

Pero ¿qué distingue los dones de las virtudes, ya que ambos son hábitos operativos buenos? La principal diferencia está en la manera en que actúan: las virtudes se ejercitan al modo humano, teniendo al hombre como causa motora y a la razón iluminada por la fe como regla; en cambio, los dones se ponen en práctica *al modo divino o sobrenatural*, teniendo al Espíritu Santo como causa motora y norma. Los dones son, por tanto, un perfeccionamiento de las virtudes.

La fe, como virtud sobrenatural, nos hace creer en la Trinidad. Pero el don de ciencia, que perfecciona la fe, llevaba a San Agustín, por ejemplo, a ver en las criaturas imágenes de la Trinidad; es una superexcelencia de la fe. Bajo el influjo de las virtudes, actuamos discursivamente; bajo los dones, por un instinto sobrenatural.²

El don de consejo

Cada don del Paráclito está estrechamente vinculado a una de las siete virtudes principales: las tres teologales —fe, esperanza y caridad— y las cuatro cardinales —prudencia, justicia, fortaleza y templanza.

El don de consejo, del que tratamos en estas líneas, está unido a la virtud de la prudencia. Ésta es, según la definición de Aristóteles retomada por Santo Tomás de Aquino, «la recta razón en el obrar»,³ o sea, la virtud que lleva a *elegir los medios particulares*

adecuados para alcanzar el fin. Por ella juzgamos si un acto específico es lícito o no, si es conveniente, útil, mesurado...

Es prudente el médico que opta por utilizar el bisturí, así como el enfermero que decide por un tratamiento farmacológico, siempre que esos medios estén ordenados a la curación del paciente. En el ámbito sobrenatural, el hombre que rompe una amistad que le lleva al pecado realiza un acto de prudencia tan hermoso como el sacerdote que trata con mansedumbre al pecador arrepentido. Todo se reduce —repetimos— a allanar el camino hacia la recta finalidad, con los medios lícitos y adecuados.

Esta virtud, que se eleva por encima de la naturaleza cuando el fin es sobrenatural —como la gloria de Dios y el bien de las almas—, es la que más rasgos humanos presenta. Sin embargo, cuando se une al don de consejo, adquiere un cariz sorprendente, casi de aparente imprudencia: deja de practicarse al modo humano para hacerlo al modo divino.

La persona que, en estado de gracia, se encuentra bajo el influjo de este don «juzga rectamente, en los casos particulares, lo que conviene hacer en orden al fin último sobrenatural»,⁴ de forma instantánea e infalible. Es decir, ante los mayores imprevistos y los dilemas más complejos, se ve guiada por una certeza inexplicable.

En circunstancias complejas, ¿cómo conciliar la suavidad con la firmeza? ¿Cómo guardar un secreto sin faltar a la verdad? ¿Cómo conjugar la vida interior con el apostolado, o el cariño afectuoso con la castidad más refinada? Por el don de consejo.

Guiados por este don obraron los tres protagonistas de los episodios narrados en la introducción. Balduino IV dispersó a los veintiséis mil hombres

de Saladino con sus cuatrocientos caballeros, de los cuales sólo perdió cinco. Santa Juana de Arco, analfabeta, respondió como doctora a la astuta pregunta: «Si estoy en estado de gracia le pido a Dios que me mantenga en él; si no, le pido que me lo conceda». Los monjes irlandeses llegaron a Islandia, Groenlandia y posiblemente América.

Esa dádiva del Paráclito es, en efecto, el don concedido para las santas «aventuras» y que conduce a los fieles a cada vez mayores «cristianos atrevimientos».⁵

La Patrona del Buen Consejo

Nunca en la historia los católicos han vivido momentos de tanta «aventura» como hoy: en cada esquina, nos sorprenden peligros inopinados, sugerencias malévolas, persecuciones, trampas del demonio y de sus secuaces. Nunca, pues, hemos necesitado tanto la intercesión de la Madre del Buen Consejo.

¿Cómo no suponer que Ella sea la patrona de las grandes y santas «aventuras»? Ella, que guio a los dos soldados albaneses sobre las aguas del mar Adriático,⁶ también nos conducirá, por el don de consejo de su divino Esposo, al triunfo sobre todas las dificultades. Siguiendo a la Señora del Buen Consejo, la barca de Pedro atravesará incólume todos y cada uno de los océanos. ✠

El don de consejo, una dádiva del Paráclito que conduce a los fieles a mayores «cristianos atrevimientos»

De arriba abajo: Balduino IV de Jerusalén en la batalla del monte Gisard, de Charles-Philippe Larivière - Palacio de Versalles (Francia); interrogatorio de Santa Juana de Arco, de Paul Delaroche - Museo de Bellas Artes, Ruan (Francia); viaje de San Brandán - Biblioteca Universitaria de Heidelberg (Alemania).



Fotos: Reproducción

¹ ROYO MARÍN, OP, Antonio. *Somos hijos de Dios*. Madrid: BAC, 1977, p. 37.

² Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Suma Teológica*. I-II, q. 68, a. 1, ad 4.

³ *Idem*, II-II, q. 47, a. 2.

⁴ ROYO MARÍN, OP, Antonio. *Teología de la perfección cristiana*. 6.ª ed. Madrid: BAC, 1988, p. 547.

⁵ CAMÕES, Luis Vaz de. «Os Lusíadas». Canto VII, 14. In: *Obras Completas*. Porto: Imprensa Portuguesa, 1874, t. III, p. 239.

⁶ Véase el artículo «La Consejera admirable», en esta edición.

Madre y Consejera de los Papas

A pesar de ser poco conocida en nuestros días, la advocación de Nuestra Señora del Buen Consejo ha sido apreciada por numerosos pontífices y ha tenido un papel decisivo en el curso de varios acontecimientos históricos.

✦ Gabriela Cifuentes Forero



Diez de mayo de 2025. Frente al santuario de Nuestra Señora del Buen Consejo de Genazzano (Italia), una multitud de fieles se agolpaba para asistir, conmovida, a la llegada del recién elegido pontífice León XIV, que deseaba visitar el milagroso fresco de María. «Tenía muchas ganas de venir aquí en estos primeros días del nuevo ministerio que la Iglesia me ha confiado, para llevar adelante esta misión como sucesor de Pedro»,¹ les dijo a los presentes, tras un tiempo de oración y recogimiento ante la sagrada imagen.

Con esa consagración de su pontificado, el Santo Padre mostró desde el primer momento al mundo su especial devoción a María bajo el título de Madre del Buen Consejo. Esta advocación se hizo muy querida por la Orden de San Agustín a partir del siglo xv, cuando «Nuestra Señora, que estaba en Escútari, en Albania, vino de aquel lejano país hasta Genazzano [...]; y por su voluntad, libremente, se entregó y se confió en su santa imagen a las manos de los agustinos».² Sin embargo, cabe conjeturar que, además de este augusto motivo, otra razón pudo haber atraído al Santo Padre a los pies de la Virgen de Genazzano.

Idónea para aconsejar y guiar a las almas en el cumplimiento de la voluntad de Dios, Mater Boni Consilii no podía dejar de ser la patrona perfecta de los timoneles de la barca de Pedro en medio de las tempestades del mundo. ¿Quién más necesitado de protección, auxilio y dirección que la cabeza visible de la Iglesia? ¿Quién más interesado en obtener de Dios la luz de la sabiduría?

Una prueba de esta realidad es que dicha devoción, aunque poco conocida en nuestros días, fue muy apreciada por numerosos pontífices a lo largo de la historia y, en diversas ocasiones, desempeñó un papel decisivo en el rumbo de la cristiandad.

Primeros honores a la advocación

Tras examinar el papa Pablo II (1464-1471) los hechos referentes a la llegada milagrosa del fresco a Genazzano en 1467 y otorgar el aval oficial de la Santa Sede para esta devoción, Mater Boni Consilii comenzó a actuar en el corazón de la Iglesia. Se sabe, por ejemplo, que Sixto IV (1471-1484) era muy devoto de Ella.

A finales del siglo xv, Alejandro VI (1492-1503) concedió especiales indulgencias a las almas del Purgatorio por

cada eucaristía celebrada en la capilla de la Madre del Buen Consejo. Posteriormente, Gregorio XIII (1572-1585) dispuso, además, que el altar del santuario se convirtiera en *altar privilegiado*³ para misas todos los días del año y para todo el clero.

Nuevos privilegios pontificios

Los pontificados de San Pío V (1566-1572) e Inocencio XI (1676-1689), durante los cuales la amenaza otomana ensombreció los horizontes de la cristiandad y de la Iglesia, estarían marcados por la protección de la Reina del Buen Consejo, como se ha visto en un artículo anterior.⁴

La victoria cristiana en la batalla de Lepanto y en el asedio de Viena brillaría para siempre en el firmamento de la historia como símbolo de la protección de María Santísima sobre sus hijos. Solemnemente coronada por orden del Santo Padre el 17 de noviembre de 1682 —un gesto con el cual se suplícaba su intercesión por la unidad y la movilización de los soberanos católicos contra los infieles—, la Virgen de Genazzano no desampararía a quienes se ponían bajo su maternal imperio.

Tras tan portentosas manifestaciones del sagrado fresco, era de esperar



que la Santa Iglesia terminara honrando aún más su advocación.

En primer lugar, el papa Pío VI (1775-1799) tuvo a bien ofrecer a la Madre del Buen Consejo uno de los privilegios más eminentes que se pueden conceder a una devoción: en 1777, el pontífice otorgó a los agustinos de Genazzano un oficio propio para la celebración de la fecha de la llegada del fresco al santuario, que se recitaría allí el 25 de abril y en toda la orden, el 26 de abril.⁵ Quedaba instituida así la primera conmemoración de Nuestra Señora del Buen Consejo, fuente de gracias todavía más numerosas, consejos valiosos e inefables auxilios para todos los devotos marianos.

También Benedicto XIV (1740-1758), otro ferviente devoto de la Madonna del Buon Consiglio, concedió la aprobación papal a una notable asociación llamada Pía Unión de Nuestra Señora del Buen Consejo. Se trataba de una liga espiritual de fieles inscritos en el libro del santuario, cuyo objetivo era honrar cada día la advocación con algún acto de piedad, promover en el mundo su devoción y observar con diligencia las inspiraciones conferidas por el fresco para evitar el pecado y agradecer a Dios. Tras aprobar la asociación, el propio pontífice quiso inscribirse en ella como primer miembro.⁶

Además de Benedicto XIV, otros Papas se afiliaron a la pía unión, entre ellos el Beato Pío IX (1846-1878) y León XIII (1878-1903).

Este último, deseando honrar aún más a su Protectora celestial, el 17 de marzo de 1903 elevó el santuario de Genazzano a la categoría de basílica menor; y, para incentivar las almas al amor a la Madre del Buen Consejo, el 22 de abril del mismo año, mediante un decreto de la entonces Sagrada Congregación de Ritos, incluyó la invocación *Mater Boni Consilii* en la letanía lauretana.⁷

Un regalo de la Virgen a la Santa Iglesia

Aún en 1903, Nuestra Señora, ciertamente con mayor poder para actuar sobre los Papas debido a los nuevos privilegios con que había sido honrada, hizo sentir de nuevo la eficacia de sus consejos, discretos pero infalibles, en la dirección de la barca de Pedro, esta vez durante el decisivo período del cónclave que siguió a la muerte de León XIII.

Tras la primera sesión en la Capilla Sixtina, celebrada el 3 de agosto de ese año, el cardenal Oreglia di Santo Stefano, decano del Sagrado Colegio, se dirigió al secretario del cónclave, Mons. Rafael Merry del Val, diciéndole seriamente que el número de

votos para la elección del patriarca de Venecia, el cardenal Giuseppe Sarto, no dejaba de aumentar, pero que éste se negaba a aceptar el gravísimo cargo. A continuación, le rogó que le preguntara al cardenal por última vez si persistía en su negativa, para guiar, si fuera necesario, los votos hacia otro candidato.

Monseñor Merry del Val se dirigió entonces a la Capilla Paulina, donde encontró al cardenal Sarto arrodillado ante un cuadro de la Madre del Buen Consejo. Al acercarse y transmitirle el mensaje del decano, notó que las lágrimas empezaban a correr por su rostro... insistiendo en su rechazo al cargo. Sin embargo, Mons. Merry del Val, por inspiración divina, lo amonestó: «*Eminenza, si faccia coraggio, il Signore l'aiuterà*» —Eminencia, tenga valor, el Señor le ayudará. El cardenal lo miró fijamente, le dio las gracias y continuó rezando ante la Madre del Buen Consejo.

Unas horas después, finalmente aceptó la voluntad de la Providencia y asumió la cátedra de Pedro. La Santa Iglesia ganó así un celosísimo pastor, uno de sus más valientes luchadores en el turbulento siglo xx: San Pío X.⁸

Antoine Taveaux (CC by-sa 3.0)

Saillko (CC by 3.0)



Reproducción

Junto al cuadro de la Madre del Buen Consejo, en la Capilla Paulina, San Pío X encontró fuerzas para aceptar el pontificado

A la izquierda, Capilla Paulina - Palacio Apostólico; arriba, San Pío X. En la página anterior, Basílica de San Pedro, Vaticano, con la estatua del Pescador



Vatican Media

Auxiliadora y consejera de los Papas, Nuestra Señora de Genazzano está más atenta que nunca a las necesidades de la Iglesia y vela con incommensurable empeño por el sucesor de Pedro

El papa León XIV durante su visita a Genazzano el 10 de mayo de 2025

Quizá en recuerdo y agradecimiento por las gracias recibidas durante aquellas horas de angustia pasadas en la Capilla Paulina, San Pío X (1903-1914) conservó en su escritorio, durante todo el tiempo de su sufrido y beneficioso pontificado, una imagen de la Madre del Buen Consejo.

La devoción papal llega a nuestros días

Más recientemente, el papa San Juan Pablo II (1978-2005) aconsejó la devoción a la Virgen de Genazzano cuando, en una de sus primeras audiencias ge-

nerales, el 25 de octubre de 1978, explicaba la necesidad de la virtud de la prudencia: «¿Qué debe hacer, pues, el nuevo Papa para actuar prudentemente? [...] Debe orar y procurar tener el don del Espíritu Santo que se llama don de consejo. Y cuantos desean que el nuevo Papa sea Pastor prudente de la Iglesia, imploren el don de consejo para él. Y también para sí mismos pidan este don por intercesión especial de la Madre del Buen Consejo».⁹

En abril de 1993, el pontífice visitó el famoso santuario de Genazzano, con el fin de impetrar gracias especiales para

el viaje apostólico que realizaría a Albania el día 25 de ese mes.¹⁰

Su sucesor, Benedicto XVI (2005-2013), inauguró un mosaico de la Virgen del Buen Consejo en los jardines del Vaticano el 11 de julio de 2009. Varias autoridades honraron el acto con su presencia, entre ellas el secretario del Papa, Mons. Georg Gänswein, y el prior de la Orden de San Agustín, el P. Robert Francis Prevost, futuro papa León XIV.¹¹ Benedicto XVI bendijo el mosaico con la intención de que muchos rezaran allí y alabaran la milagrosa advocación.

María guiará, por los Papas, el rumbo de la historia

Auxiliadora y consejera de los Papas, Nuestra Señora de Genazzano siempre ha sabido cumplir a la perfección, a lo largo de la historia, su papel de Madre de la Iglesia, guiándola incólume en medio de las más diversas dificultades y ataques infernales.

En estos tiempos, marcados por crisis de todo tipo, es ciertísimo que Ella está más atenta que nunca a las necesidades del Cuerpo Místico de Cristo y vela con incommensurable empeño por el sucesor de Pedro.

Corresponde a León XIV, bajo la protección inefable de la Madre del Buen Consejo, a quien dedica especial devoción, guiar la barca de la Iglesia hacia el puerto de la salvación, sin temor ante las tormentas, a imitación de sus ilustres predecesores. ✠

¹ VATICAN NEWS. *El Papa León XIV visita el santuario de la Madre del Buen Consejo de Genazzano*. In: www.vaticannews.va.

² DE ORGIO, Angelo María *apud* CLÁ DIAS, EP, João Scognamiglio. *Mãe do Bom Conselho*. 3.ª ed. São Paulo: Lumen Sapientiae, 2016, p. 293.

³ Por la misa celebrada en un altar privilegiado es concedida indulgencia plenaria en favor del difunto por el que se ofrece el santo sacrificio, si ha fallecido en estado de gracia.

⁴ «La Consejera admirable», en esta edición.

⁵ Cf. DILLON, George F. *The Virgin Mother of Good Counsel*. Rome: Sacred

Congregation of the Propaganda Fidei, 1884, p. 421.

⁶ Cf. CLÁ DIAS, *op. cit.*, p. 275.

⁷ Cf. LEÓN XIII. *Ex quo Beatissima Virgo Maria*: ASS 35 (1902-1903), 627.

⁸ Cf. MERRY DEL VAL, Rafael. *El Papa San Pío X: Memorias*. 2.ª ed. Madrid: Atenas, 1954, pp. 3-7.

⁹ SAN JUAN PABLO II. *Audiencia general*, 25/10/1978.

¹⁰ Cf. L'OSSERVATORE ROMANO. *Papi e santi pellegrini al santuario agostiniano*. In: www.osservatoreromano.va.

¹¹ Cf. VALIANTE, Francesco M. *Nei Giardini Vaticani un mosaico della Madonna del Buon Consiglio*. In: www.madredelbuonconsiglio.it.



Alianza entre consejo y misericordia

Santo Tomás de Aquino establece una interesante relación entre el don de consejo y la quinta bienaventuranza: «Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia» (Mt 5, 7). Para comprenderla mejor, es necesario, ante todo, recordar el papel de los frutos del Espíritu Santo y las bienaventuranzas evangélicas en la vida espiritual de los bautizados, así como su significado en la teología.

Los frutos del Espíritu Santo son actos eminentes practicados por un alma que responde fielmente a las mociones del Paráclito mediante sus dones (cf. *Suma Teológica*. I-II, q. 70, a. 1). Pueden compararse con los frutos maduros de un árbol y se distinguen por la gran suavidad y dulzura que los acompañan. En su epístola a los gálatas, San Pablo enumera algunos de ellos: «El fruto del Espíritu es: caridad, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, lealtad, modestia, templanza» (5, 22-23).

Ahora bien, cuando los frutos del Espíritu Santo sobresalen por su perfección y excelencia, reciben el nombre de bienaventuranzas evangélicas (cf. *Suma Teológica*. I-II, q. 70, a. 2). Éstas constituyen el punto culminante, en la tierra, de la vida cristiana y, como consecuencia de las sublimes recompensas vinculadas a ellas, son ya un comienzo de la felicidad eterna. Representan, en cierto sentido, una síntesis del sermón de la montaña, donde Nuestro Señor Jesucristo las reduce a ocho (cf. Mt 5, 1-10).

Sin embargo, se trata de un número simbólico, pues todas las obras heroicas de los santos se cuentan entre las bienaventuranzas. Éstas son actos de virtud perfecta —y, por lo tanto, acciones concretas—, que se diferencian de las virtudes y de los dones, que, como

Al abordar la relación entre el don de consejo y la quinta bienaventuranza, Santo Tomás se basa en San Agustín, quien afirma: «El consejo es propio de los misericordiosos, porque el único remedio para liberarse de tantos males es perdonar y dar a los demás» (*Suma Teológica*. II-II, q. 52, a. 4). No obstante, el Doctor Angélico hace algunas consideraciones al respecto.

Santo Tomás afirma que el don de consejo dirige todos nuestros actos virtuosos, pero puede decirse que lo hace de modo especial cuando realizamos una obra de misericordia, como motivo que la inspira (I-II, q. 69, a. 3, ad 3).

En efecto, el don de consejo se ocupa propiamente de las cosas más útiles en orden a nuestro fin último, es decir, nos ayuda a elegir lo que nos conduce sin desviaciones al Cielo. Ahora bien, nada nos es más útil para alcanzar la vida eterna que la misericordia (cf. II-II, q. 52, a. 4), en el doble sentido enunciado por la quinta bienaventuranza: por las obras de misericordia para con el prójimo, obtenemos para nosotros la misericordia divina.

Explica el Aquinate (cf. *Lectura super Matthæum*, c. 5, lect. 3) que ser misericordioso significa tener un corazón que sufre como propio el infortunio ajeno, lo que nos lleva a socorrer al prójimo en sus necesidades temporales y, sobre todo, a exhortarlo a abandonar el vicio, el peor de los males. Quien actúa de este modo obtiene para sí la misericordia de Dios ya en esta tierra, por el perdón de los pecados y de la pena temporal, y especialmente en la vida futura. ✠



Francisco Lecaros

Nada nos es más útil para alcanzar el Cielo, meta hacia la que el don de consejo dirige nuestras acciones, que la misericordia

Hija de la Caridad reparte alimentos a los necesitados, de Gabriel Puig Roda - Museo de Bellas Artes, Castellón (España)

hábitos operativos, disponen al hombre para realizar actos sobrenaturales (cf. *Suma Teológica*. I-II, q. 69, a. 1). Así, corresponden a los dones como la operación al hábito (cf. *Super Sententias*. L. III, dist. 34, q. 1, a. 4, ad 1).



Hace ciento cincuenta años, nacía Dña. Lucilia

Tenemos pocos detalles acerca del nacimiento de Dña. Lucilia y su infancia. Sin embargo, éstos constituyen un valioso testimonio de los primeros rayos que iluminaron esa existencia, toda hecha de sacrificio y fidelidad.

✦ Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP

Nacida el 22 de abril de 1876, primer sábado tras las alegrías de la Pascua, Lucilia era la segunda de los cinco hijos de un matrimonio de primos:¹ el Dr. Antonio Ribeiro dos Santos, abogado, y Dña. Gabriela Rodrigues dos Santos. Descendientes de antiguas estirpes de la aristocracia paulista, Dña. Gabriela y el Dr. Antonio contaban entre sus antepasados con gloriosos nombres de *bandeirantes*.

La Santísima Virgen fue su madrina

A los veintinueve días del mes de junio de mil ochocientos setenta y seis, en esta iglesia matriz, bauticé e impuse los santos óleos a Lucilia, nacida el pasado veintidós de abril, hija legítima del Dr. Antonio Ribeiro dos Santos y de Dña. Gabriela dos Santos Ribeiro: fueron padrinos, la Virgen Señora de la Peña y el Dr. Olympio Pinheiro de Lemos, todos ellos de esta parroquia.

El vicario: Angelo Alves d'Assumpção.

Así reza la partida de bautismo de Dña. Lucilia, que se encuentra en el libro de registros parroquiales de la iglesia matriz de la ciudad de Pirassununga. Siguiendo una piadosa costumbre, sus padres decidieron hacerla ahijada de la propia Reina del Cielo.

Doña Lucilia conservará, durante toda su larga vida, una devoción impregnada de afecto y respeto a su Madrina, y varias veces peregrinará al santuario de Nuestra Señora de la Peña, de São Paulo, a fin de confiarle los secretos de su tierno corazón.

La rectitud admirativa de un alma justa

En 1873, el Dr. Antonio se estableció con su familia en Pirassununga para ejercer allí la abogacía. Décadas más tarde, evocando los recuerdos de su infancia, Dña. Lucilia dejará aún entrever la impresión que le causaba el gran contraste entre el ambiente de la sociedad paulista y aquel entorno tan primitivo y campestre, que competía por el espacio con una selva tropical, casi tan inculta como en la época en que el P. Anchieta recorría las vastas extensiones de Brasil.

El sosiego de la pequeña Pirassununga, a la que nos referimos, ayudaba mucho a la joven Lucilia a observar con atención y encantarse con las personas mayores. Su capacidad de admirar las virtudes ajenas tenía origen en la virginalidad de su alma, que supo mantener intacta.

Al contemplar las cualidades de los que conformaban su entorno, con instintiva naturalidad las mitificaba tanto que llegaba a desviar su siempre

bienintencionada mirada de todo lo que en ellos pudiera no ser virtud. Los defectos que encontraba en la conducta de las personas los consideraba una excepción. Era como si en un hermoso pañuelo de seda hubiera pequeños agujeros; sin embargo, el resto era seda de buena calidad...

Infancia iluminada por la figura de su padre

El Dr. Antonio era objeto de su especial admiración y veneración. Sus deseos y preferencias eran ley. En el entusiasmo que sentía por su padre, la niña no buscaba tanto sus cualidades naturales, sino sobre todo sus virtudes. Esos valores que la pequeña Lucilia tanto admiraba pasaron a formar parte de su propia concepción de la existencia: la trama de la vida debía ser tejida con los hilos de una dedicación superior.

Por otro lado, empezaba a discernir el rumbo que la humanidad en general iba tomando, y que se oponía frontalmente a esa visión del mundo. Ante esta nueva perspectiva, su alma juvenil se fue enriqueciendo paulatinamente con las tonalidades lilas del sufrimiento.

Una fotografía de familia nos resulta esclarecedora a este respecto. Lucilia, aún niña, parece estar mirando con tristeza y sin apetencia la vida que se le presenta ante los ojos; resignada, parece rechazar un mundo del que poco

esperaba de bueno, en aquellos casi inicios del siglo xx.

La muerte del corderito

Sería un error imaginar que la admiración de la joven Lucilia por los aspectos enérgicos de su padre, incluso cuando se aplicaban a su propia educación, fuera menor que la que mostraba por sus otras cualidades. Así narraba, hasta avanzada edad, lo que ocurrió después de haber recibido de su padre el hermoso regalo de un corderito. Lo lavó, lo secó y lo adornó con bonitos lazos de cinta. Lo trató con todo cariño, hasta el día en que un respetuoso esclavo le hizo una confidencia:

—*Sinhá*² pequeña, quería decirte una cosa para que la *sinhá* esté preparada. El *sinhó* —su padre— va a mandar matar el corderito mañana. Sólo quería avisarle.

Ella entonces dijo:

—¡No es posible! Estás mintiendo, papá no haría una barbaridad como esa.

Sonriendo, le respondió:

—*Sinhá* pequeña, eso es lo que va a pasar.

Sin perder un minuto, salió corriendo hacia el despacho de su padre y le dijo, bañada en lágrimas:

—¡Papá...! ¿Vas matar al corderito? ¿De verdad has dado esa orden? ¿Es posible?

—Hija mía, es cierto.

—Pero ¿por qué? Si es tan bueno, tan bonito, lo quiero tanto...

—Lucilia, deja de ser ingenua. Hay que enfrentar las cosas tal y como son. Eso te vendrá bien para que pierdas ese sentimentalismo. Sentimiento, sí; sentimentalismo, no.

Fue inflexible. Al día siguiente, el corderito pasó a formar parte del menú.

Doña Lucilia siempre mencionaría este hecho como prueba de la bondad de su padre, que empleó un método severo, venciendo su propio afecto paterno, a fin de curar la incipiente tendencia al sentimentalismo de una niña de aquellos tiempos románticos.



Reproducido de

Su alma juvenil se fue enriqueciendo paulatinamente con las tonalidades lilas del sufrimiento

La niña Lucilia

La capa del jefe gitano

Escasa presencia policial, defensa pública casi inexistente; de repente corría la voz en la tranquila Pirassununga:

—¡Que llegan los gitanos... encerrad a los niños!

En aquella época se decía que los gitanos practicaban una especie de terrorismo: entraban ofreciendo baratijas a todo el mundo y, cuando menos se esperaba, robaban uno o dos pequeños y desaparecían. Si la familia conseguía recuperarlos, los encontraban maltratados, inmundos y, a veces, enfermos.

Siendo todavía muy niña, y presa del pánico por temor a ser raptada, Lucilia

observaba los movimientos de los gitanos por la ciudad con un ojo puesto en el agujero de la cerradura, con el fin de analizar a distancia las intenciones de sus posibles agresores.

No obstante, debido a los servicios jurídicos prestados por el Dr. Antonio a un jefe gitano, éste se convirtió en su amigo y *cabo eleitoral*.³ Así, empezó a frecuentar el despacho del padre de Lucilia, contiguo a la residencia familiar. Evidentemente, no se podía sospechar ni por asomo de malas intenciones por parte de una persona que demostraba tanta bienquerencia. De ahí que se hubieran disipado en el alma de la niña las barreras del temor en relación con aquel gitano.

Durante una jornada de elecciones, en la que en la casa y el despacho del Dr. Antonio bullían de amigos políticos, Lucilia encontró sobre el canapé de la entrada la capa del referido jefe. Era una especie de poncho forrado con un tejido rojo, que le pareció muy elegante. Enormemente atraída, la analizó, la acarició y acabó poniéndosela, dando unos paseos por el interior de la residencia. ¡Cuál no sería el espanto de Dña. Gabriela al verla revestida con aquel manto! Sin demora, se lo sacó a su hija de los hombros y le aconsejó que nunca más tocara objetos tan extraños.

Este pequeño pero cuán pintoresco episodio ilustra el ambiente de domésticas aventuras que marcaban la vida provinciana y poblaban la inocente infancia de Lucilia. ❖

Extraído, con pequeñas adaptaciones, de: *Doña Lucilia*.

Città del Vaticano-Lima:

LEV; Heraldos del

Evangelio, 2013, pp. 51-70.

¹ En aquellos tiempos, era relativamente frecuente el matrimonio entre primos.

² Del portugués *senhora* y *senhor*, respectivamente, tratamiento dado por los esclavos a sus amos.

³ Nombre que en campaña electoral se le daba a los líderes locales de menor rango, articulados por los grandes políticos regionales.

¡Nos venciste, Dña. Lucilia!

Desde hace años, experimentando en nosotros mismos y constatando en los demás la acción de Dña. Lucilia, tenemos la impresión de que ella ayuda a abrir ciertos caminos para la acción de María Santísima.



✦ Raphaël Six

Llovía a cántaros en Recife, allá por 1968. En la capital pernambucana se encontraban algunos seguidores del Dr. Plinio, que se habían desplazado hasta allí para realizar una campaña, término utilizado por los miembros del movimiento fundado por él para denominar las manifestaciones públicas de la entidad, siempre en defensa de los valores de la Iglesia y de la civilización cristiana. Sin embargo, el grupo de intrépidos jóvenes se vio reducido a la inactividad, ya que con la lluvia no podían salir a la calle. Una situación desalentadora...

Pero no era eso lo que los entristecía, sino la preocupación por las innumerables almas que se verían privadas de su acción apostólica. Sobre todo, el responsable de aquel grupo, llamado João Scognamiglio Clá Dias, no podía resignarse a la idea de que el cielo estuviera poniendo resistencia a tan noble empresa.

Hombre de fe insigne, persuadido, por tanto, de que las grandes soluciones no se encuentran más que en lo alto, decidió buscar allí el auxilio. Se acordó de la madre del Dr. Plinio, fallecida unos meses antes, con quien había convivido largamente durante el último período de su vida, convenciéndose de su bondad y de sus virtudes ejemplares. Por una inspiración, propuso a los demás hacerle una sencilla promesa para que dejara de llover: si el cielo se despejaba, rezarían un rosario ante la tumba de la intercesora

en el cementerio de la Consolación, de São Paulo. Era la primera vez que se formulaba una petición colectiva a Dña. Lucilia, siempre en el ámbito de la devoción privada.

En unos instantes, la lluvia cesó y fue posible llevar a cabo la misión. A lo lejos, las nubes se retiraban, como si las ahuyentara una fuerza luminosa, transformándose poco a poco en pequeñas manchas en el horizonte. Si la nubecilla de Elías (cf. 1 Re 18, 44), que subía del mar, presagiaba una tormenta, aquellas, dirigiéndose hacia el mundo entero, bien podría decirse que anunciaban la proximidad de un diluvio: no de agua, sino de favores celestiales.

Torrentes de gracias

Al volver de Recife, João Clá y sus compañeros se dirigieron inmediatamente al cementerio para cumplir su promesa. Pero no fueron los únicos en expresar su gratitud; después de ellos vendrían otros, muchos otros...

Es, por citar sólo algunos ejemplos,¹ un ama de casa en apuros que, en 1998, llegó incluso a pasar hambre, pero fue consolada y alimentada por una misteriosa señora, y que veinte años después descubre la identidad de la persona que tanto la había beneficiado.

Es una jovencísima estudiante cuyos padres, con dificultades económicas, no pueden permitirse comprarle una maleta para transportar sus pertenencias, y que inexplicablemente encuentra una en la puerta de su casa.

Es una madre de familia cuyo hijo había desaparecido en un lugar sospechoso y que, tras una noche de angustia, lo recupera sano y salvo; u otra que reencuentra no a su hijo, sino su honor, pues éste había sido acusado injustamente de robo y al final es declarado inocente; otra más —véase cómo las madres gozan de una especial atención por parte de Dña. Lucilia— que pasó por un embarazo de riesgo y le aconsejaron que abortara para salvar su propia vida, pero no lo hizo, y ahora, viva, da gracias a su bienhechora junto con su hija.

Son también hijos que ya se creían huérfanos, pues sus progenitores se hallaban desahuciados, pero que los vieron salir de un estado grave, recuperarse de un accidente cerebrovascular, encontrar un donante para un órgano comprometido, evitar una arriesgada operación.

¡Y cuántos otros! Son endeudados que de repente consiguen la cantidad exacta para mantener su dignidad; son parálíticos que ahora pueden andar; son mujeres estériles que llevan a sus hijos en brazos; son incrédulos que encuentran el camino de la conversión; son personas sufridoras que siguen siendo premiadas con su cruz, pero aprenden a llevarla con resignación cristiana.

Vida en el cementerio

Muchas de esas personas favorecidas por la intercesión de Dña. Lucilia también siguen materialmente los pasos de aquellos jóvenes discípulos del Dr. Plinio, acudiendo a su tumba en

el cementerio de la Consolación, de la capital paulista. ¿Y qué encuentran allí?

Cruzado el umbral de la necrópolis, divisan un monumento vivo, un sepulcro sencillo, pero que la gratitud ha transformado en un jardín floreciente, adornado con rosas, claveles o lirios, pero sobre todo rodeado de un aura maravillosa, que atrae y, al mismo tiempo, reconforta.

Nos atreveríamos a afirmar que, trascurridas casi seis décadas desde su fallecimiento, decenas de miles de personas han acudido ya a ese lugar —es, con diferencia, la sepultura más visitada del recinto—, formando una especie de familia que tiene algo de evangélico.

Sí, porque sus miembros se asemejan a los de la parábola del banquete del Reino de Dios: pobres, lisiados, ciegos y cojos (cf. Lc 14, 21), de cuerpo y de alma. Se trata de personas que, aunque a veces grandes en ciertos aspectos, buscan refugiarse a la sombra de esa señora porque en algún sentido se sienten pequeñas.

En vida, Dña. Lucilia siempre ejerció una enorme atracción sobre los niños, que buscaban su patrocinio con avidez. Quizá esa cualidad fuera una preparación, o un presagio, de la tarea que le correspondería desempeñar en la eternidad sobre aquellos que, reconociéndose contingentes, se sienten atraídos a pedir su intercesión.

Esta fuerza irresistible, aunque siempre continúe siendo un misterio, tal vez pueda ser descrita al menos en algunos de sus aspectos.

Cinta que acerca a la misericordia de la Virgen

Si Nuestra Señora es la Madre de misericordia, no parece descabellado que designe «abogadas auxiliares» —no de las pequeñas causas, porque ninguna causa puede ser considerada pequeña si es capaz de alcanzar el Cielo, sino de la causa de los pequeños—, concediéndoles representar de

manera especial, a modo de reflejo purísimo, algo de su propia misericordia y bondad, como una cinta que, simbólicamente, acerca al fiel a la imagen de María que reina en un alto nicho.

«¡Pero qué exageración!», podría pensar apresuradamente alguien que nunca haya experimentado el desvelo maternal de Dña. Lucilia.

A esta objeción, típica de cierta estrechez espiritual, es necesario responder que la contabilidad celestial se rige por principios diferentes a los nuestros: las cosas de lo alto, a la manera de la eucaristía, no disminuyen cuando se reparten; al contrario, se multiplican.

Moisés no perdió nada de su espíritu cuando éste fue distribuido entre los setenta ancianos de Israel (cf. Núm 11, 25); tampoco Jesucristo perdió su Sagrado Corazón cuando lo intercambié con el de Santa Catalina de Siena, entre otros, en una intervención quirúrgica tan delicada, físicamente, que incluso le dejó una cicatriz. Del mismo modo, la Santísima Virgen no

se privará de su misericordia al dotar a quien quiera que sea de la capacidad de ser su «precursora».

«¡Esta señora española!»

Sin embargo, no es sólo la bondad ni sólo la prodigalidad lo que vuelve irresistible a Dña. Lucilia. Hay algo más.

Ante todo, la santidad puede manifestarse en hacer cosas ordinarias de manera extraordinaria.² El concepto parece aplicarse muy satisfactoriamente a Dña. Lucilia, que en vida obró con heroísmo como hija, madre, esposa y ama de casa, como esperamos que un día sea reconocido oficialmente por la Santa Madre Iglesia. Claro está que, tras su fallecimiento, se diría que la situación se invirtió: empezó a hacer cosas extraordinarias de forma ordinaria.

Sea como fuere, la protagonista sigue siendo la misma. Por eso, resulta interesante buscar en su psicología durante su peregrinación por este mundo elementos que nos ayuden a entender su actuación en el otro.



Los que buscan refugiarse a la sombra de esa bondadosa señora forman una familia de almas que se reconocen pequeñas y contingentes

La tumba de Dña. Lucilia en un día festivo de 1986 - Cementerio de la Consolación, São Paulo

Doña Lucilia era una dama de firmes convicciones. Sobre todo cuando se trataba de máximas católicas, las defendía de manera siempre calmada pero inflexible, hasta el punto de que incluso podía parecer una persona «terca». El Dr. João Paulo, su esposo, solía bromear en esas ocasiones, aludiendo a una de las ramas de su ascendencia: «¡Ay!... ¡Esta señora española!».

Hay una fotografía en la que de algún modo expresa ese estado de espíritu. Es una de sus últimas imágenes, parte de la serie para la cual Dña. Lucilia posó a petición de Mons. João, que la fotografió como si ya estuviera lista para la eternidad y adornada incluso con su halo plateado, tejido con sus cabellos por la naturaleza y el tiempo. Ahí la encontramos retratada casi en una pose de contienda y —un gesto rarísimo en sus retratos—, frunciendo el ceño. Sin duda, un requerimiento del fotógrafo, inspirado por la idea de inmortalizar para los siglos futuros también a una Dña. Lucilia inquisitiva.

Su mirada parece dirigirse simbólicamente más allá de las rosas, hacia algo que despierta su preocupación. Tiene una meta cuya consecución moviliza todo su ser, como se puede entrever por sus manos que, noblemente, se retesan. Pero ¿qué desea esta dama?...

A la búsqueda de sus hijos

Si una mujer, dice el Evangelio, tiene diez dracmas y pierde una, inmediatamente enciende una lámpara, barre la casa y busca con cuidado, hasta que la encuentra. «Y, cuando la encuentra, reúne a las amigas y a las vecinas y les dice: “¡Alegraos conmigo!, he encontrado la moneda que se me había perdido”» (Lc 15, 9).

Doña Lucilia parece tener algunas dracmas perdidas, en cuya efigie se ve, no el rostro del César (cf. Mt 22, 20-21),

sino el de cada hijo que la Santísima Virgen le ha confiado, ¡y no son pocos!

Así pues, ardua es su misión... Pero no importa: saldrá en busca de todas ellas. Y su método resulta muy sencillo.

En alguna encrucijada del camino, por donde ruedan sus dracmas perdidas, Dña. Lucilia estará siempre allí esperando: paciente, insistente, santamente «terca». Si recurren a ella, serán



João S. Clá Dias

Doña Lucilia parece tener algunas dracmas perdidas, en cuya efigie se ve, no el rostro del César, sino el de cada hijo que la Santísima Virgen le ha confiado

Doña Lucilia en 1968

recogidas; si no, acabarán en algún agujero, que desempeñará eficazmente el papel de pedagogo, y quizá en ese momento sea la hora de que ella actúe.

No podemos resistirnos a recordar otro hecho, ocurrido con una señora de fuera de Brasil. Después de que su marido perdiera el empleo, su madre le recomendó, en los términos que consideró oportunos, que le rezara a cierta señora con fama de «hacer milagros».

La hija no le dio importancia, y se limitó a preguntarle en tono jocoso: «¿Y da dinero? Ojalá se me aparezca un día y me consiga algo de dinero». Ante la insistencia de su progenitora, se mostraba cada vez más reacia a recurrir a Dña. Lucilia. El dracma había resistido la primera encrucijada.

Tiempo después, no obstante, su hijo enfermó. El niño había contraído mucormicosis, un hongo mortal que podía afectar al cerebro. Además, había sospecha de leucemia. Los médicos ya habían declarado su muerte cuando la madre tuvo un sueño. Vio a una señora de cabellos blancos que le hablaba con palabras de confianza.

Al día siguiente, la abuela del niño volvió a la carga, aconsejándole a su hija que le rezara a Dña. Lucilia. Esta vez, al menos, aceptó ver la fisonomía de la señora que «hace milagros». Ni qué decir tiene que se trataba del mismo rostro que había contemplado en el sueño.

Es cierto que aún le aguardaban muchos sufrimientos. Su hijo tuvo un paro cardíaco y se sometió a varias operaciones, pero al final, en abril —época especialmente querida por los devotos de Dña. Lucilia—, recibió el alta: una nueva joya empezaba a brillar en la corona de esta bondadosa interesora.

He aquí el gran milagro de Dña. Lucilia: desde el fondo del abismo de su propio fracaso, esas almas hurañas se reconocen, finalmente, vencidas. Y, vencidas, claman. Y, clamando, vencen. Esta buena madre, «terca» en hacer el bien, vence incluso a sus hijos más obstinados. ✨

¹ Todos los hechos aquí mencionados se dieron a conocer en esta misma revista, en la sección «Luces de la intercesión de Dña. Lucilia».

² Cf. SAN PABLO VI. *Alocución*, 3/11/1963.



Fidelidad a la vocación laical

CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

§898 Los laicos tienen como vocación propia el buscar el Reino de Dios ocupándose de las realidades temporales y ordenándolas según Dios. A ellos de manera especial corresponde iluminar y ordenar todas las realidades temporales, a las que están estrechamente unidos, de tal manera que éstas lleguen a ser según Cristo, se desarrollen y sean para alabanza del Creador y Redentor.

Las enseñanzas de este párrafo, un verdadero compendio de la vocación laical, corresponden al número 31 de la constitución *Lumen gentium* del Concilio Vaticano II. En él leemos los tres principales temas teológicos que fundamentan dicha vocación.

En primer lugar, el texto recuerda que los laicos son incorporados a Cristo por el bautismo. En efecto, recibir este sacramento, pórtico de la vida en el Espíritu, los convierte en miembros de la Iglesia y los purifica del pecado original y de los pecados personales, para que vivan una filiación divina indeleble y así, por la perseverancia en la fe, alcanzar el Reino de los Cielos.¹

A continuación, declara que por el bautismo los laicos son constituidos en pueblo de Dios, destacando la nueva e irrevocable alianza establecida entre el Señor y los bautizados en la comunidad eclesial.

Finalmente, esta fundamentación teológica concluye enseñando que los laicos, «hechos partícipes, a su modo, de la función sacerdotal, profética y real de Cristo, ejercen en la Iglesia y en el mundo la misión de todo el pueblo cristiano en la parte que a ellos corresponde».²

Los laicos participan en el oficio sacerdotal de Cristo ofreciendo sus vidas, actividades y sufrimientos, principalmente en la celebración de la



Reproducción

Fiel a su vocación, Dña. Lucilia brilló por su ejemplo de virtudes como esposa y madre católica

Doña Lucilia el 4 de febrero de 1956

sagrada eucaristía, como sacrificios espirituales. Se asocian a su profetismo dando testimonio de la fe, proclamando el Evangelio y denunciando sin temor el mal en los diversos ambientes de la sociedad. Por último, ejercen la realeza de Jesús al vencer en sí el reino del pecado y al hacer presente al Señor entre los hermanos, por la caridad y por la justicia.³

A la luz de estas enseñanzas, la figura de Dña. Lucilia Corrêa de Oliveira, homenajeadada en este número, se

presenta como un notable modelo de fidelidad a la vocación laica; su vida admirable se confirma por dos aspectos significativos. Por un lado, los testimonios la reconocen como ejemplo en la práctica de las virtudes, ya sea como esposa, sea como madre católica; por otro, numerosos fieles aseguran haber obtenido sorprendentes favores de Dios a través de su intercesión.

Estos dos antecedentes, técnicamente conocidos como *fama de santidad* y *fama de signos* o *de milagros* de que goza un fiel difunto, constituyen los dos requisitos obligatorios para iniciar las investigaciones diocesanas en las causas de beatificación y canonización, según lo dispuesto en el artículo 7 de la instrucción *Sanctorum Mater*, del Dicasterio para las Causas de los Santos.

De hecho, Dña. Lucilia forma parte de los fieles laicos que auténticamente han buscado «el Reino de Dios y su justicia» (Mt 6, 33), brillando por el ejemplo de virtudes y por la pureza de costumbres, cuyo reconocimiento, se augura, pueda ser ratificado algún día por la Santa Madre Iglesia. ✠

¹ Cf. CEC 1213-1214; 1272.

² CONCILIO VATICANO II. *Lumen gentium*, n.º 31.

³ SAN JUAN PABLO II. *Christifideles laici*, n.º 14.



Constancia en la alegría y en el dolor

En una existencia larga y llena de vicisitudes, Dña. Lucilia se dejó moldear por la Providencia, legando a la posteridad admirables ejemplos de fortaleza y templanza, frutos de una profunda comprensión del verdadero sentido de la vida.

✦ Plinio Corrêa de Oliveira

Es evidente que no conocí a Dña. Lucilia cuando era niña, pero puedo reconstruir fácilmente cómo se formó su mentalidad si considero su manera de ser en la edad adulta.

Su espíritu se caracterizaba, en cierto sentido, por una rectitud admirable, que consistía en ver las cosas de frente, fueran dolorosas o prometedoras. Consideraba el sufrimiento en toda su realidad, en toda la secuencia de amarguras que podía traer; también veía la alegría tal y como era, sin exagerar las ventajas que conllevaba, comprendiendo bien que todo en esta tierra es aleatorio y, por tanto, susceptible de desmoronarse, de venirse abajo de repente.

Por esta razón, adoptaba una postura muy tranquila y estable ante la vida, sin actitudes extremas, ni grandes ansiedades o depresiones. Esto no la convertía, en absoluto, en una persona apática, pues vivía profundamente todos los acontecimientos, pero siempre con cierta distancia. Había entre ella y los hechos una barrera, que los ruidos de las circunstancias no traspasaban, no lograban penetrar. Y más allá de las cosas concretas, Dña. Lucilia mantenía su serenidad, distancia psíquica y estabilidad.

Dos formas de considerar la vida

Ese estado de espíritu le proporcionaba recogimiento,

fuerza y dulzura en todas las situaciones. Por más que cambiaran las condiciones, siempre mantenía la misma actitud interior, detrás de la cual había un profundo sentido del deber.

No concebía la vida como la definió cierto literato francés: «Un largo puro sabroso que hay que fumar hasta el final». No creía, por tanto, que el principal propósito del hombre fuera conquistar honores, placeres, gloria o dinero para disfrutar al máximo y luego morir neciamente.

Para ella, la existencia era algo diferente. Había placeres y tristezas; se trataba incluso de sacar partido de las alegrías para poder soportar las penas. Pero la meta de la vida consistía en llevar a cabo una misión, adquirir un cierto estado de espíritu y cumplir con el deber.

Afable y discreta actuación en el hogar

En el ámbito privado de la familia, Dña. Lucilia consideraba su obligación proporcionar formación, bienestar y elevación de alma al ambiente doméstico, a fin de que sus hijos llegaran a ser perfectos católicos y cumplidores de su deber. Buscaba marcar el hogar con la afabilidad y el afecto, hacerlo atractivo y disminuir entre los suyos la influencia que los lugares maléficos pudieran tener.



Archivo Revista

Considerando el sufrimiento en toda su realidad, Dña. Lucilia adoptaba una postura muy tranquila y estable ante la vida

Dña. Lucilia en 1906

Deseaba acostumbrar a sus hijos a ese modo de ser, para que ellos, a su vez, educaran a sus descendientes en la misma escuela indefinidamente, pues entendía que ésa era la verdadera forma de vivir.

Quizá alguien se pregunte: ¿Doña Lucilia no preparó a sus hijos para las luchas de la vida? ¿No los animó a seguir una carrera brillante, a hacer fortuna? ¿No les inculcó aspiraciones de progresar?

Por encima de los objetivos materiales, el servicio a Dios

La respuesta es afirmativa. Doña Lucilia lo hacía, pero siempre desde la perspectiva de un deber, concebido de la siguiente manera: «Tenemos un compromiso de honor de no rebajarnos nunca, a menos que eso sea necesario para evitar pecar; por lo tanto, tenemos la obligación de trabajar, de esforzarnos para mantener a la familia a la altura que le corresponde a ella y a la tradición de nuestros mayores, pues las cosas elevadas deben conservar su dignidad».

Sin embargo, tal empresa no debe realizarse con vistas a la fruición de un placer o de las ventajas de nuestra condición social, sino por reverencia al ideal de honor como principio instituido por Dios. Para ello hay que vivir y luchar.

Ahora bien, forma parte de una buena conservación, si es posible, elevarse a condiciones aún mejores, sin recurrir jamás para tal fin a maniobras indecorosas, sino progresar mediante un trabajo honesto y gradual. Esta es una carga que existe y debe persistir para preservar el buen nombre de la familia.

Pero todo eso no era lo más importante. Ser verdadero católico apostólico romano y servir a Dios era lo



Archivo Revista

La felicidad para Dña. Lucilia: tener el alma elevada, piadosa y tranquila, disfrutando de los placeres sencillos, modestos y normales de la existencia

El Dr. Plinio en 1982

principal. Entonces, todas las obligaciones para con el nombre de la familia, así como para con su tradición, pasaban a ser secundarias.

¿Dónde está la felicidad?

Tales preocupaciones eran un deber, no la felicidad. Ésta consistía, en la visión de Dña. Lucilia, en tener el alma elevada, piadosa y tranquila, disfrutando de los placeres sencillos, no pretenciosos y normales de la existencia.

No se encontraba en las grandes fiestas, sino en el buen orden de lo cotidiano; no en los grandes viajes, sino en el aprovechamiento de los momentos de ocio; no en las grandes fortunas, sino en el uso equilibrado de los recursos que uno posee.

Se trataba de un bienestar principalmente de alma, temperante, tranquilo y modesto, presente incluso en el infortunio, porque cuando éste cae

sobre nosotros y empieza una derrochada, siempre que en ella uno no tenga culpa, nada esencial resulta afectado. Se mantiene una conciencia pura, una vida digna de ser vivida.

Respondiendo a los anhelos de la familia

Ahora bien, esa jerarquía entre la aspiración a una vida feliz y la consideración del verdadero sentido de la existencia condicionó varios hechos de la vida de Dña. Lucilia. Como toda buena madre, ansiaba que sus hijos desarrollaran dotes y cualidades, y lograrán algo grandioso. Creía que yo podría ser un gran abogado, quizá incluso de mayor renombre que su propio padre, el Dr. Antonio Ribeiro dos Santos.

Además, al ser sobrino del consejero João Alfredo,¹ nuestros parientes también esperaban que me convirtiera en una figura similar a él.



Para ella, el sentido del deber estaba por encima de las ebriedades de la gloria, y lo esencial de la vida consistía en valer algo ante Dios y en el querer bien a los demás

A la izquierda, la inauguración de la Asamblea Constituyente, el 15 de noviembre de 1933; en el destacado, el Dr. Plinio. A la derecha, asistentes a la ceremonia; en el destacado, de izquierda a derecha, el Dr. João Paulo, padre del Dr. Plinio, Dña. Lucilia y su hija, Rosée.

No obstante, cuando en 1932 fui elegido diputado federal para la Asamblea Constituyente, Dña. Lucilia reaccionó con una tranquilidad de alma y una serenidad impresionantes. Recuerdo que en ningún momento la vi exultante, aunque percibiera que ese hecho correspondía plenamente a lo que ella esperaba de su hijo a los 24 años.

El deber por encima de las ebriedades de la gloria

Entonces ocurrió un conmovedor episodio con ocasión de mi investidura como diputado. La ceremonia se celebraría en Río de Janeiro; mi madre, que había hecho tantos sacrificios para que me formara, se merecía con creces estar presente. Naturalmente, también invité a mi padre y a mi hermana, y partimos hacia Río.

El día de la inauguración de la Constituyente, nos dirigimos todos al solemne acto. Sin embargo, Dña. Lucilia tenía una molestia en los pies a causa de un problema de reumatismo, que no le permitía estar mucho tiempo de pie. Por eso llegamos muy temprano y la llevé a

una galería, un espacio privativo del que los diputados podían disponer para sus invitados. Empezaron a sonar las campanitas, anunciando el inminente inicio de la sesión. Tuve que dejarla y bajar a toda prisa al recinto de los diputados.

Entonces me quedó la duda de si había conseguido o no el asiento esperado. Cuando llegué al sitio destinado a los diputados, antes incluso de entrar en la bancada paulista, la primera a la derecha de la mesa del presidente, me puse en medio del salón y comencé a buscar a Dña. Lucilia con la mirada para comprobar que estaba bien acomodada. Vi que había conseguido un buen asiento; le hice una señal y ocupé mi puesto en la bancada.

Tiempo después, Dña. Lucilia me hizo el siguiente comentario: «Hijo mío, me alegré mucho de tu elección como diputado. No obstante, significó mucho más para mí esa atención tuya, el día de la investidura, de saludar con la mano cuando ya estabas abajo. En aquel momento, en el que podrías estar inebriado de vanidad, acordarte de tu madre y querer asegurarte de que

estuviera bien acomodada indicaban un temple de alma y una forma de cariño mucho más valiosos para mí que un escaño de diputado».

En el fondo, su pensamiento era: «Si es posible, sé diputado, sigue adelante; pero ese no es el centro de la vida. Es más importante tener un sentido del deber que esté por encima de las ebriedades de la gloria. Y, en consecuencia, tener para con tu madre el reconocimiento que sabes, por la ley de Dios, que es necesario tener».

Lo esencial de la vida: conocerse y quererse bien

Muchos años después, por consejo de algunos amigos, me presenté de nuevo como candidato. Cuando finalmente llegó la noticia de que no había sido elegido, le dije:

—Mamá, he sido derrotado.

Ella se quedó impasible. Yo observé:

—Se diría que no lo lamentas.

Y me contestó:

—No, no lo lamento. Lo esencial de la vida, hijo mío, no es ser diputado, sino valer algo, conocerse y quererse bien.

Estos episodios muestran claramente cómo era el carácter de espíritu de Dña. Lucilia. Sin embargo, vi ese modo de ser puesto a prueba y desarrollarse en otras ocasiones, en infortunios muy grandes que tuvo que atravesar.

Constancia de espíritu en la mutabilidad de la vida

Al casarse, recibió de su padre una buena dote, que ayudó al sustento de la familia; más tarde, a estos bienes se sumó también su herencia. No obstante, por diversas circunstancias, ya entrando en la madurez sufrió una enorme quiebra económica, un colapso tal que nos vimos amenazados de tener que vivir en condiciones incomparablemente inferiores a la que habíamos tenido hasta entonces. Recuerdo que ella me decía:

—Hijo mío, eres muy joven, no tienes idea de la casa adonde vamos a ir a parar. Ahora, debemos prepararnos para ello porque, si Dios lo permite, ésa es su voluntad y así se cumplirá.

Pero hacía ese comentario con toda calma y dignidad, sin dejar nunca de ser ella misma, siempre con templanza y normalidad, revelando la perfecta proporción entre el acontecimiento externo y la repercusión interna en ella. De manera que mi madre vibraba ante las cosas en la proporción y en la medida en que esa vibración debía existir.

En ciertas ocasiones, por falta de dinero, llevaba ropa muy gastada, aunque muy limpia, como todo lo que era suyo. Vestía tan pobremente que sólo iba a misa, porque no se consideraba en condiciones de aparecer en otro lugar. Sin embargo, iba con tranquilidad y distinción, segura de sí, sin agitación.

Una vez más, aquí se ve una serenidad de alma que la colocaba por encima de los altibajos y las vicisitudes, se

hacía de ella una persona siempre fiel a sí misma, incluso cuando los caminos de la vida se cerraban, a veces de forma aterradora.

Un deber llevado hasta las últimas consecuencias

Cuando llegó a una edad avanzada, Dña. Lucilia empezó a tener dificultades de audición y, al mismo tiempo, problemas de vista, en una época en la que no se recomendaba la cirugía de cataratas. Al ver cada vez menos y casi sorda, caminaba hacia un aislamiento



Incluso a costa de la incomprensión y del aislamiento, Dña. Lucilia se mantuvo fiel a sí misma hasta el momento de su encuentro con Dios

El Dr. Plinio y Dña. Lucilia en 1959

completo; por otra parte, con el corazón funcionándole bien, aún le quedaban algunos años de vida por delante.

Mis conversaciones con ella eran a gritos, para que pudiera seguir algo lo que le decía; pero pocas personas tenían esa paciencia. De modo que, cuando había una reunión familiar, mi madre, que era tan comunicativa, se

quedaba totalmente sola: muy triste y melancólica, pero sin amarguras ni quejas, caminando con aquel paso siempre igual, avanzando.

Al final, conseguí los medios y decidí probar con un aparato moderno para mejorar su audición. Lo compré, empezó a usarlo y fue un renacer. Se puso muy contenta, pero no fue en absoluto una alegría desmesurada.

El ritmo de su vida continuó en la misma línea, con la misma tranquilidad, la misma dignidad. Sabiéndose cada vez más diferente de todo y de todos, no cambiaba en nada, por un principio de fidelidad. Si así debía ser, aunque los demás fueran de otra manera, ella continuaba, porque ése era su deber.

Aunque le costara aislamiento o incomprensión, se mantendría fiel a sí misma hasta su encuentro con Dios.

Una mentalidad marcada por la constancia ante el dolor

Su forma de ser y su mentalidad se forjaron sufriendo todo lo que tenía que sufrir, perdiendo todo lo que tenía que perder, pasando por las grandes y pequeñas vicisitudes de una vida familiar problemática, yendo hasta el final con toda naturalidad.

Cuando le llegó su fin, percibió que iba a morir, hizo un gran «En el nombre del Padre...» y murió. Era el desenlace de su proceso, había terminado. ✦

Extraído, con adaptaciones al lenguaje escrito, de:

Conferencia.

São Paulo, 24/6/1973.

¹ João Alfredo Corrêa de Oliveira, tío abuelo del Dr. Plinio, ocupó distintos cargos en el Gobierno durante el reinado de Pedro II, entre ellos el de presidente del Consejo de Ministros del Imperio.

Teresita, sagrario vivo de María

Una existencia breve, intensa, generosa. Su amor a la Santísima Virgen, llevado hasta las últimas consecuencias, la hizo una verdadera hija y espejo fiel de su Madre virginal.



✚ Hna. María José Vicmary Feliz Gómez

En el firmamento de la Santa Iglesia, ciertas estrellas parecen brillar exclusivamente para Dios. Hay, sin duda, vocaciones que se han hecho conocidas por las proezas realizadas a la vista de todos; otras, no obstante, pasan casi desapercibidas en las páginas de la historia, pues su misión consistía en glorificar al Creador en el anonimato de la vida común y corriente.

Entre estos discretos luceros podemos encontrar una virgen de existencia breve, cuyo resplandor nos invita hoy a elevar la vista al Cielo, dejándonos iluminar por ella.

Entre héroes y mártires... Teresita

En medio de las alegrías de la Resurrección del Señor, María Teresa González-Quevedo y Cadarso vino al mundo, en la gloriosa España de los mártires y de los héroes, el 14 de abril de 1930.¹

Su padre, Calixto González-Quevedo y Monfort, al igual que su madre, María del Carmen Cadarso y González, descendían de familias profundamente católicas, y varios de sus miembros, durante los terribles años de la guerra civil, añadirían a la nobleza de la sangre un galardón aún más precioso: el de la fidelidad llevada hasta el sacrificio

de la propia vida. Teresita, como la llamaban cariñosamente en casa, tenía, por tanto, una meta muy alta si quería seguir el hermoso ejemplo de su familia.

Pero parece que ella tenía otras inquietudes...

Era una niña con carácter, impetuosa y extrovertida, rebosante de vida y alegría, de temperamento generoso pero decidido, siempre imponiéndose a los demás y capaz de grandes disgustos cuando se le contradecía... Su pueril terquedad le valió el apodo familiar de «el venenito», ya que era imposible disuadir de alguna decisión a esa cría tan impulsiva en sus antojos y exigencias.

Sin embargo, por encima de éstos y otros muchos defectos, se alzaba un amoroso designio divino y ya en la primera infancia de Teresita brilló un matiz especial en su carácter enérgico: el amor a la Santísima Virgen María. Por su Señora, esa fuerte personalidad suya estaría dispuesta a los mayores sacrificios, determinada incluso a escalar la empinada cuesta de la santidad a toda costa: «He decidido ser santa», escribió en su diario cuando tan sólo tenía 9 años. Y nadie más que Dios conocería el significado de esta resolución, pues su cautivadora alegría sabría velar a los demás la magnitud de las renunciadas hechas y de las luchas libradas contra sí misma.

Fotos: Reproducción



Por encima de los defectos, se alzaba un amoroso designio divino: el amor a la Santísima Virgen María. Por Ella, Teresita estaría dispuesta a los mayores sacrificios

A la izquierda, Teresita con 3 años; a la derecha, el día de su admisión como congregada mariana, el 13 de diciembre de 1944

El tiempo se encargaría de mostrarle a Teresita la manera mediante la cual su vida se consumiría en holocausto, pero antes de eso ya había encontrado su norte, la meta final de todos sus actos: el Cielo.

Dos Teresitas...

A sus 9 años, Teresita estaba lejos de imaginarse religiosa. Todavía hacía de las suyas, y esa incorregible testarudez e indisciplina le dificultaban mucho estudiar con dedicación, obedecer las normas de la escuela o, al menos, aceptar sin protestar un plato de comida que no fuera de su gusto...

Un único punto dejaba entrever misteriosamente el altísimo llamamiento de Teresita: su pureza. Dondequiera que fuese, impactaba la candidez de todo su ser, y la angelicidad de su figura era sólo el reflejo de una castidad intachable, fruto de la predilección divina. Por así decirlo, un verdadero ángel de pureza se escondía bajo esa coraza indisciplinada y ruidosa, y esa inocencia, unida a la devoción a su Madre celestial, constituiría una raíz de bien tan fuerte y vigorosa que superaría con creces sus caprichos. «¡La quiero tanto! ¡Haría por Ella cualquier cosa!», exclamaba con frecuencia.

Pues bien, el momento en que Teresita se rendía al amor de su vida, es decir, a la Santísima Virgen, era el mes dedicado de manera especial a Ella por la Santa Iglesia: ¡mayo! Las festividades, vividas intensamente en el colegio debido al fervor de las religiosas que allí enseñaban, fomentaban en la niña una gran generosidad de alma para afrontar treinta y un días de pequeños sacrificios, actos de amor y oraciones, que no podían pasar desapercibidos para la Reina del Cielo.

No obstante, el «mes de santidad» terminaba con la última fiesta de mayo y entonces reaparecía la testaruda Teresita de siempre... algo más purificada que en el mayo anterior, pero todavía lejos de la tan esperada meta de la santidad.



Reproducción

No tardó mucho para que la presencia de María se hiciera notar en todos sus actos

Teresita semanas antes de entrar en el convento

Aunque un feliz acontecimiento fijaría —¡y esta vez para siempre!— la luz en su alma.

La «conversión» de una Teresita

Una vez superados los horrores con los que la guerra civil había sacudido a la sociedad española, era necesario reconstruir, sobre los sólidos cimientos de la fe, la juventud para el futuro. Pensando en ello, las religiosas Carmelitas de la Caridad, responsables de la escuela donde estudiaba Teresita, decidieron fundar las Congregaciones Marianas entre las alumnas, con el fin de fomentar en las niñas una vida de piedad seria y una profunda devoción a la Santísima Virgen.

Los preparativos para la fundación, la elección de las primeras candidatas y su consagración demostraron cuánto amor tenía Teresita por la Reina del Cielo. De hecho, siempre había sido muy devota de María, e incluso ejemplar en su vida de piedad —algo raro, dada su natural propensión a la disipación—, pero, en cuestión de meses, el cambio de la niña fue evidente a los ojos de todo el colegio: se acabaron las respuestas ingeniosas para librarse de las reprimendas, cesaron las faltas de disciplina, la elusión de las obligaciones,

las manifestaciones de disgusto ante el sacrificio. Por el mundo, Teresita había sido incapaz de tomarse en serio su vida, pero por María... ¿qué no haría para complacerla?

Así, sus días se transformaron en un «mayo» continuo, y todos vieron emerger en ella una niña estudiosa, disciplinada, mortificada, abnegada e incluso silenciosa... Teresita se había propuesto cumplir en todo las normas de las Congregaciones Marianas, cuyo objetivo era la perfección de sus miembros, y el día de su consagración, el 13 de diciembre de 1944, prometió aumentar y promover la devoción a la Santísima Virgen como medio de santificación para sí y para los demás, siendo un modelo de estu-

diente tanto en la virtud como en las letras. Resumiendo sus propósitos, eligió como lema de congregada: «Madre mía, que quien me mire te vea».

No tardó mucho para que la presencia de Nuestra Señora se hiciera notar en todos sus actos, especialmente cuando comulgaba: era imposible dejar de mirarla, comentaban sus compañeras. La devoción y la dignidad con la que asistía a la santa misa atraía a los jóvenes, y su ejemplo arrastró a la vida de piedad a innumerables muchachas.

Unos dos años después, Teresita añadió a sus propósitos un voto de castidad, hecho en manos de su director espiritual. Así, esta congregada mariana inició una singular convivencia con la Madre de Dios, por la cual la gracia comenzó a prepararla para vivir sólo para Dios. ¿De qué manera?

Y en la hora de la muerte... ¿religiosa o no?

La inspiración para abrazar la vida religiosa le llegó a través de uno de sus peores enemigos: un libro. Teresita siempre los había detestado, pero un día, leyendo como mortificación una obra que le habían regalado, descubrió en sus páginas la voluntad de Dios respecto de ella, como más tarde reveló:



«Al llegar al capítulo que hablaba de la vocación religiosa, comprendí que era lo mejor, que eso era decididamente lo que yo necesitaba. Aquella última pregunta: “¿qué querré yo haber sido a la hora de la muerte, religioso, o no?”, fue para mí un golpe decisivo».

Apasionada en todo lo que hacía, Teresita decidió entregarse por completo y de inmediato, sin reservar nada para este mundo efímero. Tenía por entonces 17 años. Al escuchar los planes de una de sus amigas de disfrutar de la vida durante la juventud para abrazar la vida religiosa en la vejez, le dijo sin dudarle: «¡Qué tacaña y egoísta! ¡Como que te crees que Jesús te va a admitir ya achacosa, cuando hayas ofrecido lo mejor de tu vida al mundo! Jesús tiene mejor gusto y quiere como ofrenda la juventud con sus alegrías y sus ilusiones».

A cuántos católicos de hoy les vendría bien escuchar esa censura, con el fin de reservar lo mejor de sí mismos para Dios y no para el mundo...

Sin embargo, antes de entrar en el convento, pidió al Cielo como regalo de despedida una nevada... Y la mañana del 23 de febrero de 1948, cuando salió de casa hacia el noviciado de las Carmelitas de la Caridad, vio cumplido ése su sueño infantil: todo Madrid se había despertado bajo un hermoso manto nívico, despidiéndose así de aquella alma de inmaculada pureza.

Era una luz que se apagaba en el mundo y comenzaba a brillar sólo para Dios.

Una elegida más, en el coro de las vírgenes

Desde sus primeros días en la vida consagrada, sor María Teresa mostró un único temor: el de ser una religiosa mediocre. Después de haberlo abandonado todo, quería ser una auténtica carmelita de la caridad y, para ello, empleó todas sus fuerzas y oraciones. ¡Y no piense el lector que el combate



Apasionada en todo lo que hacía, decidió entregarse por completo, sin reservarse nada para el mundo

Teresita como novicia

fue fácil! Aún persistían en ella algunos rescoldos de la antigua Teresita, risueña y despreocupada, más propensa al disfrute que al sufrimiento...

Pero amó profundamente la vida en comunidad, aprovechando la mínima oportunidad para perfeccionarse y crecer en santidad. Por iniciativa suya, las novicias establecieron la costumbre, en las recreaciones, de señalar los defectos unas de las otras con el fin de ayudarse a mejorar. Para sus compañeras, era toda una hazaña encontrar alguna falta que corregirle... Así, sor María Teresa tenía poquísimas imperfecciones que anotar en su diario, la mayoría de ellas vestigios del pasado: «[Me dicen] que me río bastante alto; que al hablar me voy animando y alzo mucho la voz; que cuando dicen algo a una hermana me río mucho...».

Novicia ejemplar, siempre alegre, amante de la obediencia y de la regla, celosa en el recogimiento y en el silencio... virginal. He aquí la palabra que mejor la definió hasta el ocaso de su

existencia. Como espejo de María Santísima, su conducta no admitía medias tintas: era íntegra tanto en el cumplimiento de las reglas como en la lucha contra sus defectos personales, inmaculada en su amor a Dios y a la vocación, una verdadera virgen consagrada e hija de la Madre Iglesia, según la imagen utilizada por San Agustín.²

Esta virginalidad se traducía en actos concretos, reflejo del intenso amor que tenía por la virtud angélica: decoro y pulcritud traslucían en sus cuadernos y ropa; todo llevaba la marca del orden y de la limpieza por amor a Dios. «Díganme, por caridad —preguntaba a las religiosas encargadas de asistirle en el noviciado—, si exagero en mi gusto de ir bien puesta y llevar el hábito bien estiradito. Es que me gusta ver a las personas bien puestas, y mucho más a las futuras esposas o ya esposas de Cristo, pues la pobreza no se opone a eso. Si vemos que la gente del mundo se arregla tanto por ser hijas o esposas de X, pues mucho más nosotras».

¡Otra valiosa lección para nosotros! Imitémosla en ese decoro, precioso ornato de las almas anhelantes de perfección.

Un regalo final

Entre luchas, caídas y victorias avanzó celeré sor María Teresa en el camino de la santidad. Era de esperar que su entusiasmo la llevara a ofrecerse por completo a Dios, lo que hizo el día que cumplió 18 años: «En la comunión tenía tantas ganas de darme del todo a Jesús para demostrarle lo mucho que quería amarle que me ofrecí como victimita para que hiciera de mí lo que quisiera».

María Teresa juntó entonces valentía y castidad (cf. Jdt 16, 22) para subir la empinada montaña del Calvario. Y Dios aceptaría, incluso con prisa, su ofrecimiento, llevándosela en la mejor etapa de su existencia.

La meningitis tuberculosa que acabaría con su vida dictó, hasta la última



gota de sangre, la inmolación hecha. Nadie podía medir el alcance de sus dolores, malestares y pruebas, pues un semblante dulce y sonriente acogía a todos los que se le acercaban. Esta inocente víctima aprovechaba los segundos que le quedaban en la tierra para amar, exigiendo de sí misma hasta lo imposible en el cumplimiento de las reglas, en la castidad y en la generosidad diaria.

Ante la gravedad de la dolencia, procedieron a administrarle los últimos sacramentos y se le permitió hacer la profesión de los votos, ardentemente deseados por ella. Su alegría era tan grande, y contrastaba tan marcadamente con la preocupación por su inminente partida, que se diría que no le asaltaba el temor a la muerte: «¿Cómo voy a tener miedo —le decía a una hermana—, teniendo una Madre en el Cielo que saldrá a esperarme? Ame mucho a la Virgen; yo es el único consuelo que tengo ahora, el haberla amado tanto».

Teresita se sentía como el Buen Ladrón: casi nada había hecho para merecer la recompensa, pero en la última hora Nuestra Señora le había obtenido el Cielo como regalo del Señor... O, tal vez, Teresita era un regalo de Dios.

Víctima asociada a la divina Víctima

En la vida del verdadero católico, explicaba el Prof. Plinio Corrêa de Oliveira, «los grandes dolores se alternan con alegrías inimaginables. Dolores punzantes como calvarios y alegrías exuberantes como pascuas de Resurrección forman un solo cuadro».³

Teresita fue sorbiendo uno a uno los sufrimientos de ese cáliz divino: impedida de moverse, de comer, de cantar... lo aceptó con plena conciencia, hasta la pérdida de la razón, todo para cumplir su «haz de mí lo que quieras». El Sábado Santo de 1950, 8 de abril, entre oraciones y llantos de la comunidad que la rodeaba, Teresita abandonó un cuerpo extenuado por el dolor. Los ojos ya sin expresión y dos lágrimas en sus mejillas anunciaron el fin de la pasión de la que, uniéndose con gozo a la Víctima divina, celebraba en el Cielo, con la Madre de Jesús, la Pasua eterna.

Las lágrimas por su partida se mezclaron con los aleluyas del Domingo de Resurrección, una hermosa despedida

para quien en esta tierra se había convertido en sagrario vivo de María, digna de recibir espiritualmente en su interior a Dios mismo, como la Virgen inmaculada lo había recibido corporalmente.⁴

Sin duda, hay que tener un corazón puro para saber admirar esa predilección de Dios.

Pidamos a Teresita que interceda ante Nuestra Señora para mantener encendidas en el firmamento de la Iglesia esas pequeñas estrellas que son las almas vírgenes, pues mientras su luz ilumine nuestro mundo inmerso en las tinieblas del pecado podremos, parafraseando la expresión del Apóstol (cf. 1 Cor 13, 8), exclamar: «¡La virginidad nunca acabará!».



Reproducción

Ante su muerte inminente, Teresita se sentía como el Buen Ladrón: casi nada había hecho para merecer la recompensa, pero en la última hora Nuestra Señora le había obtenido el Cielo como regalo del Señor

El cuerpo de la venerable Teresita Quevedo durante sus exequias

¹ Los datos biográficos que aparecen a lo largo del presente artículo, así como las frases de Teresita transcritas en él, han sido tomados de la obra: LÓPEZ DE URALDE Y ELORZA, CACH, María Luisa. *Teresita*. 4.ª ed. Madrid: Vedrúna, 1959.

² «Esta clase de vírgenes no es fruto de ninguna fecundidad física, ni es descendencia de la carne y de la sangre. Si se busca a su madre, es la Iglesia. Sólo engendra vírgenes consagradas la Virgen consagrada» (SAN AGUSTÍN DE HIPONA. *De sancta virginitate*, c. xii).

³ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. «Uma cruz bem carregada». In: *Dr. Plinio*. São Paulo. Año XXVI. N.º 302 (mayo, 2023), p. 7.

⁴ «Lo que aconteció corporalmente en la inmaculada María, que la plenitud de la divinidad

brilló en Cristo a través de la virginidad, eso mismo acontece en cada alma que guarda la virginidad según la razón» (SAN GREGORIO DE NISA. *La virginidad*, c. II, n.º 2. Madrid: Ciudad Nueva, 2000, p. 46).



Fotos: Luis Rivellino

Antonio Rossini

Italia, Roma – Una bendecida misión mariana se llevó a cabo en la parroquia de San Alberto Magno, del 21 al 25 de enero. Además de los momentos de ferviente oración (foto 1) y de las visitas de la imagen peregrina del Inmaculado Corazón de María a los hogares de los enfermos (foto 3), los días de la misión estuvieron marcados por las santas misas presididas por Mons. Enrico Dal Covolo, SDB, asesor emérito del Comité Pontificio de Ciencias Históricas, y por Mons. Michele Di Tolve, obispo auxiliar de Roma (foto 2).



Karolinne Kauffmann

Parroquia Nossa Senhora das Graças

Salvador López

Brasil, Mairiporã – La parroquia de Nuestra Señora de las Gracias ha estado muy activa en los últimos meses. Destacamos aquí las misiones marianas realizadas en las circunscripciones de la iglesia matriz de San Judas Tadeo (foto 2) y de la capilla de Santa Inés (foto 3). Esta última también tuvo la alegría de recibir, con motivo de la fiesta de su patrona, el 25 de enero, la visita de Mons. Sergio Aparecido Colombo, obispo de Bragança Paulista (foto 1).



Fotos: María Angélica Iamasaki

Renata Cruz

Brasil, Araraquara – Los días 21 y 22 de enero, hermanas y cooperadores de los Heraldos del Evangelio residentes en São Carlos realizaron una misión mariana en la parroquia de San Sebastián de Araraquara. Con la ayuda de los feligreses, se visitaron trescientos sesenta hogares, además de tres capillas. La misión concluyó con una hermosa procesión, seguida de una solemne eucaristía.

Veinticinco años de la aprobación pontificia

El 22 de febrero, fiesta de la Cátedra de Pedro, se cumplieron veinticinco años de la aprobación pontificia de los Heraldos del Evangelio, concedida por el papa Juan Pablo II.

En conmemoración de la fecha, se realizaron diversas ceremonias, entre las que destacamos las misas de acción de gracias celebradas en la basílica de la Concepción de Nuestra Señora, de Madrid, presidida por Mons. Piero Pioppo, nuncio apostólico en España (fotos 1 a 3); en la basílica

de Nuestra Señora del Rosario, del municipio paulista de Caieiras, Brasil (fotos 4, 5 y 8); en la casa de los Heraldos de Lima, presidida por Mons. Guillermo Inca Pereda, secretario general adjunto de la Conferencia Episcopal Peruana (fotos 6 y 7); en la basílica de Sameiro, de Braga, Portugal (foto 11); en la parroquia de San Bruno, de Santiago de Chile (foto 9); y en la casa de los Heraldos de Ciudad de Guatemala (foto 10).



Fotos: Eric Salas



Leandro Sousa



Stephen Nami



Nuno Moura

Stephen Nami

Fotos: Jano Aracena

Cristian Knudsen

Roberto Salas



Fotos: Jesse Arce

Colombia – Con motivo del inicio de la Cuaresma, el 20 de febrero, los Heraldos del Evangelio ofrecieron un concierto musical en la catedral primada de Colombia. El evento, transmitido por varios canales de televisión del país, fue organizado por el Ayuntamiento de Bogotá y la Gobernación del departamento de Cundinamarca, con el apoyo de la arquidiócesis de Bogotá.



Fotos: Marcelo Vicente

Paraguay – La Jornada Mundial del Enfermo se celebró en la iglesia de la Madre del Buen Consejo, de Ypacaraí, el 14 de febrero. El programa consistió en una conferencia sobre el sacramento de la unción de los enfermos, seguida de la santa misa y la bendición con el Santísimo Sacramento. Al término de la eucaristía, los enfermos presentes recibieron los santos óleos.



Fotos: Alida de Mérida

Guatemala – El 19 de febrero, el centro geriátrico Casa Sor Cecilia Charrin, de las Hijas de la Caridad, recibió a la imagen peregrina del Inmaculado Corazón de María, llevada por hermanas de la rama femenina de los Heraldos del Evangelio y por cooperadoras de la institución. El ala visitada acoge a religiosas mayores que dedicaron sus vidas al cuidado de los necesitados.



Retiros y simposios

Con motivo del puente de Carnaval, se organizaron simposios de formación y retiros espirituales en varios lugares donde están presentes los Heraldos del Evangelio, con el fin de aprovechar lo mejor posible el período de Cuaresma. En las fotografías de abajo,

destacamos las actividades realizadas en Brasil: Río de Janeiro, Campos dos Goytacazes, Belo Horizonte, Montes Claros, Maringá, Piraquara, Ponta Grossa, Brasilia, Cuiabá, Mairiporã y Lauro de Freitas; así como en la ciudad de Santa Cruz, Bolivia.

María Fernanda Aguilar



Maringá

Fernando Bueno



Belo Horizonte

Kalli Salazar



Cuiabá

Júnior Rafael Gonçalves



Ponta Grossa

Sergio Caspary



Santa Cruz, Bolivia

Lucio Alves



Río de Janeiro

Jéssica Beraldi



Campos dos Goytacazes



Mairiporã

Antônio Zinatto



Piraquara

Alexandro Machado

José A. Filho



Lauro de Freitas



Montes Claros

Antônio Geraldo

Luiz Felipe



Brasilia



Las saudades del Inmaculado Corazón de María

Así como el sol nace emitiendo tenues rayos, indicativos del esplendor que alcanzará más tarde, ciertos detalles de la historia religiosa de Brasil contienen un mensaje de la Santísima Virgen para nosotros.



✦ **Hna. Lucilia Lins Brandão Veas**

Como un maestro que «va sacando de su tesoro lo nuevo y lo antiguo» (Mt 13, 52), el divino Paráclito hace siempre resplandecer en la Santa Iglesia, a lo largo de los siglos, aspectos inéditos de su doctrina y espiritualidad.

Así, de uno de los cultos más antiguos de la cristiandad, como el de los dolores sufridos por Nuestra Señora durante el sacrificio de la cruz, se desarrolló una nueva devoción, nacida y propagada en suelo brasileño a principios del siglo xx...

Una singular advocación de la Santísima Virgen

Escondido en las montañas de la ciudad de Petrópolis, en el estado de Río de Janeiro, custodiado discretamente por carmelitas descalzas, se encuentra un tesoro casi desconocido: la imagen de Nuestra Señora de la Saudade.

Saudade es una palabra de la lengua portuguesa bastante peculiar y expresiva, y por eso mismo resulta difícil de definir o de traducir. Expresa una mezcla de recuerdo, nostalgia, dolor y añoranza, a la que se suman rasgos propios de la psicología luso-brasileña, muy dada al afecto, con una sana nota de melancolía.

Según un diccionario de «términos intraducibles», publicado por la Universidad de Princeton, «saudade» designa

«la memoria de un pasado querido que ya no existe y el deseo de esa felicidad que falta».¹ De manera poética lo formula el clásico autor portugués Francisco Manuel de Melo: «Saudade es un mal que se disfruta y un bien que se padece».

De esta forma, la advocación de Nuestra Señora de la Saudade se reviste de matices muy singulares, al honrar de modo especial «el dolor [...] del Inmaculado Corazón de María, durante las treinta y seis horas, es decir, los tres días incompletos, del reposo de Jesús en el sepulcro».² Ahora, tal inclinación

de alma asaz comprendida por el pueblo brasileño, manifestada por esta devoción, ha sido fuente de abundantes bendiciones y gracias durante varios años.

Devoción inspirada por el Cielo

Se dice que el 30 de marzo de 1918, Sábado Santo, sor Ignez del Sagrado Corazón de Jesús³ inició la devoción, hasta entonces desconocida, en el Carmelo de San José, por inspiración de lo alto.

Antes de su divulgación pública, el obispo de Niterói, Mons. Agostinho Benassi —bajo cuya jurisdicción se hallaba por entonces la ciudad de Petrópolis— sometió el contenido de la nueva devoción a la evaluación de un eminente teólogo, el P. João Gualberto do Amaral, que lo declaró ortodoxo, justificando, entre otras razones, que en la *Suma Teológica* de Santo Tomás de Aquino⁴ se hace referencia al período de treinta y seis horas en el que Jesús estuvo sepultado.

Con la aprobación eclesiástica, las carmelitas se pusieron a difundir la devoción a Nuestra Señora de la Saudade, enviando a varias diócesis de Brasil folletos con una oración llamada *Corona de saudades de la Reina de los mártires* y la petición de que los agraciados remitieran al convento relatos de las gracias recibidas.



A través de sor Ignez, se inicia una nueva devoción, inspirada por el Cielo

Sor Ignez del Sagrado Corazón de Jesús

La corona de «saudades»

Similar a un rosario, pero con sólo tres misterios para ser contemplados, la corona de «saudades» se compone de tres padrenuestros y treinta y seis acordaos,⁵ y concluye con tres avemarías y una oración propia.⁶ En cada misterio se rezan un padrenuestro y doce acordaos, y se medita sobre un aspecto de las «saudades» de Nuestra Señora.

La primera docena evoca el dolor que inundó su alma cuando la piedra del sepulcro veló a sus ojos el cuerpo adorable de Jesús. «La hora del entierro de un ser muy querido es la hora del dolor supremo para los que lloran», afirma una meditación compuesta en 1943 para acompañar la corona. «Aunque sin vida, el cuerpo presente parece engañar a los sentidos, dejándoles el triste consuelo de una visión, horrible, sí, para el amor, pero que al fin y al cabo recibe el alivio de las últimas caricias de ternura, si bien que desolada ante el silencio de la muerte. No obstante, cuando suena la hora cruel del postrer adiós... cuando llega el momento de perder de vista el amado cuerpo, ¡ay! [...] En este angustioso trance, despunta entonces en el pecho la acerba espina de la “saudade”».⁷

La segunda docena considera los sufrimientos de la Virgen en la casa de San Juan, donde se dedicó, a pesar de su incomparable sufrimiento, a sostener, fortalecer y avivar la fe de los que la rodeaban. La meditación argumenta que, cuando el dolor y las «saudades» son lacerantes, se anhela instintivamente la soledad; sin embargo, Nuestra Señora no quería abandonar, en un momento tan supremo, a las Santas Mujeres, a los Apóstoles y a los discípulos, que en Ella confiaban. La Virgen dolorosa sacrificó, pues, esa inclinación natural en beneficio de la Iglesia naciente.

La tercera docena honra las «saudades» que María sintió cuando, al día siguiente de la crucifixión, volvió al Calvario y allí recordó los dolores que su divino Hijo había padecido sin una sola queja. «¿Quién podrá imaginar

cómo fue el martirio de la Reina de los sacerdotes y de las víctimas de amor en aquella segunda ascensión al altar sublime del Calvario, purpurado con la preciosísima sangre?... [...] Mientras Magdalena y las Santas Mujeres preparaban especias y bálsamos para ungir el cuerpo del Señor, la Madre de Dios concentraba en sus “saudades” la quintaesencia del más precioso perfume que el amor jamás haya derramado sobre las llagas de Jesús».⁸

Dolor intenso, tras la sonrisa

Para difundir aún más esta devoción, en 1929 un alma piadosa, que mucho le debía a la querida patrona de las carmelitas de Petrópolis, encargó en París una imagen de Nuestra Señora de la Saudade. Esculpida en mármol de Carrara y con un metro y sesenta y seis centímetros de altura, aún hoy puede ser venerada en la capilla del Carmelo.

Con los pies apoyados en el globo terráqueo, la imagen sostiene en la mano derecha un cordón de cuentas parecido a un rosario, que representa la corona de «saudades». Su mano izquierda descansa sobre el pecho, atravesado por una espada de oro.

Una corona, también dorada y engastada con grandes piedras, ciñe su frente, que permanece ligeramente inclinada. Tras su leve sonrisa, esa posición de su cabeza le recuerda al fiel que a Ella se acerca la intensidad de los dolores sufridos en la Pasión.

¿Por qué es tan poco conocida?

Durante el período en que Petrópolis perteneció a la diócesis de Niterói, los obispos locales concedieron el *imprimatur* a once ediciones de folletos que contenían la oración de la corona de «saudades», divulgados gradualmente por todo Brasil, acompañados de pequeños rosarios apropiados, además de estampas de Nuestra Señora de la Saudade y medallas acuñadas con su imagen.

El convento recibía a menudo noticias de gracias alcanzadas por medio de esa



La imagen recuerda al fiel la intensidad de los dolores sufridos por la Virgen durante la Pasión

Nuestra Señora de la Saudade - Carmelo de San José, Petrópolis (Brasil)

devoción, que se extendía y florecía por los confines de la nación. No obstante, en 1948, el celo apostólico de las carmelitas se vio sometido a duras pruebas.

Poco antes, el 13 de abril de 1946, Pío XII separó la ciudad de Petrópolis de la diócesis de Niterói, convirtiéndola en sede de una nueva circunscripción eclesial. Su primer obispo, Mons. Manuel Pedro da Cunha Cintra, que tomó posesión el 25 de abril de 1948, prohibió al Carmelo de San José difundir la devoción a Nuestra Señora de la Saudade, restringiendo el culto al convento...

Ese mismo año, las carmelitas atravesaron otra noche oscura: el P. João Gualberto do Amaral, que había apoyado la devoción desde sus orígenes, falleció en enero y, meses después, sor Ignez del Sagrado Corazón de Jesús siguió el mismo destino.

En Brasil, María Santísima quiso manifestar los dolores de sus «saudades» como presagio de un triunfo. ¿No esperaría de esta nación una confianza en la victoria de la Santa Iglesia como requisito para su intervención?

Parque Nacional Serra dos Órgãos, Petrópolis (Brasil)

Debido a los obstáculos para la difusión del culto, poco se sabe acerca de esa advocación y de su corona, salvo el contenido de algunos folletos recogidos por un devoto y reunidos en el libro en el que se basa este artículo.

Nuestra Señora de la Saudade y Brasil

Si la Santísima Virgen quiso ser conocida en Brasil como Nuestra Señora de la Saudade, proponiendo a los fieles los dolores de su Inmaculado Corazón durante los momentos de desolación e incertidumbre que precedieron a la gloriosa resurrección de Jesús, es porque desea transmitirnos alguna enseñanza, que con piedad filial podemos conjeturar.

San Mateo recoge en su evangelio esta afirmación del Señor: «Tres días y

tres noches estuvo Jonás en el vientre del cetáceo: pues tres días y tres noches estará el Hijo del hombre en el seno de la tierra» (12, 40). Y en un pasaje del relato de San Juan, el divino Maestro asevera, refiriéndose a su cuerpo sagrado: «Destruid este templo, y en tres días lo levantaré» (2, 19). Tales palabras sugieren que convenía que el Salvador pasara tres días y tres noches en la oscuridad del sepulcro, lo que sumaría un total de setenta y dos horas.

Sin embargo, estuvo enterrado exactamente la mitad de ese tiempo: dos noches incompletas y un día, es decir, treinta y seis horas. Puede presumirse, entonces, que la fe —llena de «saudade»— de Nuestra Señora anticipó el momento de la Resurrección, pues, en esos instantes de soledad y aparente derrota, fue la única que sostuvo la

certeza de la victoria de Cristo sobre la muerte, constituyéndose en el baluarte de la Iglesia naciente.

¿No tendrá Brasil una estrecha relación con esa fe marial? ¿No le estará reservada la misión de velar por el Cuerpo Místico de Cristo en esta noche de tinieblas en que se encuentra el mundo, implorando la anticipación de la victoria de Dios?

Si Brasil fue llamado un día Tierra de la Santa Cruz, si Nuestra Señora pidió allí la contemplación de los dolores de sus «saudades», presagios del triunfo de su adorable Hijo, podemos suponer que Ella también espera de esa nación, como requisito para su intervención, una confianza cristalina en la victoria de la Santa Iglesia y una disposición ilimitada a sufrir y luchar por la renovación de la faz de la tierra. ✠

¹ SAUDADE. In: CASSIN, Barbara (Ed.). *Dictionary of Untranslatables. A Philosophical Lexicon*. Princeton-Oxford: Princeton University, 2014, p. 929.

² MONTEIRO, Mozart. *Nossa Senhora da Saudade*. 2.ª ed. Rio de Janeiro: O Cruzeiro, 1968, p. 139.

³ Sor Ignez del Sagrado Corazón de Jesús, que inició y propagó la devoción a Nuestra Señora de la Saudade, se llamaba Ester Vieira da Cunha. Nació en Río de Janeiro el 20 de octubre de 1881. Participó en la fundación del Carmelo de San José, inaugurado en 1913 en la ciudad de

Petrópolis (Brasil), donde vivió hasta dejar este mundo el 18 de octubre de 1948, exhalando, según testigos, el buen olor de las virtudes cristianas. Su cuerpo fue enterrado dentro de la clausura, a los pies de la imagen de la Virgen Inmaculada (cf. MONTEIRO, *op. cit.*, p. 140).

⁴ Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Suma Teológica*. III, q. 51, a. 4.

⁵ «Acordaos, oh piadosísima Virgen María, que jamás se ha oído decir que ninguno de los que han acudido a vuestra protección, implorando vuestra asistencia y reclamando vuestro socorro, haya sido abandonado de vos. Animado con

esta confianza, a vos también acudo, oh Madre, Virgen de las vírgenes, y aunque gimiendo bajo el peso de mis pecados, me atrevo a comparecer ante vuestra presencia soberana. No desechéis mis humildes súplicas, oh Madre del Verbo divino, antes bien, escuchadlas y acogedlas benignamente. Así sea».

⁶ La oración propia es la siguiente: «Acordaos, oh Reina de los mártires, de las saudades cruciantes que atormentaron vuestro Inmaculado Corazón durante las treinta y seis horas de sepultura de vuestro divino Hijo. Por los dolores

acerbísimos de vuestra soledad, ¡oh!, encended en nuestras almas el deseo de ver a Dios en el Cielo y alcanzadnos, un día, la eterna bienaventuranza. Pero mientras peregrinamos en este destierro, obtenednos las gracias que nos son necesarias para amar y servir a Jesús con fidelidad, hasta la muerte; y, si fuere de vuestra voluntad adorable, impetradnos (o impetradme) la merced que os imploramos (o imploro) con plena confianza. Así sea».

⁷ MONTEIRO, *op. cit.*, p. 141.

⁸ *Idem*, pp. 143-144.

... por qué el sábado está dedicado a Nuestra Señora?

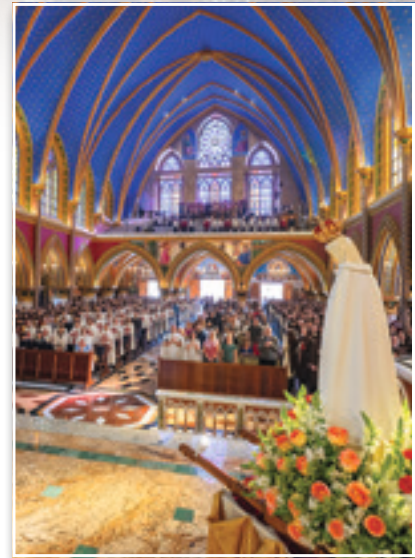
La consagración del sábado a María es una tradición que se remonta a la época carolingia, cuando el erudito consejero de Carlomagno, Alcuino de York († 804), propuso que se celebraran dos misas votivas en honor a la Santísima Virgen ese día. Desde el siglo XI hasta la actualidad, la costumbre de dedicar el sábado a Nuestra Señora ha obtenido el consenso del clero y el entusiasmo de los fieles. Y no es para menos.

Reza el Génesis que Dios «bendijo el séptimo día y lo consagró» (2, 3); ¿y qué criatura fue, como María, tan colmada de bendiciones por el Señor? El Creador descansó el sábado; ¿y dónde reposó Jesús durante nueve meses, sino en el seno de la Virgen Madre?

En esas entrañas purísimas, la Sabiduría eterna quiso habitar, según las

palabras de las Escrituras, que la Iglesia pone en labios de María: «El que me había creado estableció mi morada» (Eclo 24, 12). Constituida así en el camino por el que Dios vino hasta nosotros, la Reina del universo se convirtió, con un título más, en la Señora del sábado: así como éste conduce al domingo, también Ella es la vía segura que nos lleva a Cristo.

Por encima de estas razones, está el hecho de que el sábado posterior a la Pasión, la Santísima Virgen, sola, mantuvo su fe inquebrantable en la resurrección de su divino Hijo. La Madre de Jesús fue la única que, en aquella noche de tinieblas e incredulidad, representó en plenitud a la Iglesia misma, haciendo que ésta estuviera marcada por un aspecto marial desde sus orígenes. ✠



Leandro Sousa

Ceremonia del primer sábado del mes en la basílica de Nuestra Señora del Rosario, Caieiras (Brasil)

... por qué la lengua oficial de la Iglesia es el latín?

En la primera comunidad de fieles de Jerusalén, la liturgia probablemente se celebraba en arameo, mientras que el hebreo estaba reservado para la lectura de la Sagrada Escritura. Tras la caída de la Ciudad Santa en el año 70 y la expansión de la Iglesia por el Imperio romano, el griego koiné se convirtió en la lengua franca entre los cristianos.

En los siglos III y IV, la lengua griega perdió prestigio debido al debilitamiento de la influencia de Oriente en la Iglesia. Por otra parte, los documentos eclesiásticos oficiales empezaron a redactarse en latín, como las cartas del papa San Cornelio a San Cipriano de Cartago, alrededor del año 250.

El empleo del latín en la liturgia fue lento y progresivo. Su preponderancia creció con la Biblia Vulgata, versión encargada por el papa San Dámaso I a San Jerónimo.

Con la caída del Imperio romano de Occidente en el 476, el latín clásico perdió relevancia, aunque permaneció en la liturgia y en los documentos oficiales. El llamado *latín eclesiástico* continuó como lengua franca en Occidente durante toda la Edad Media, no sólo en los escritos eclesiásticos, sino también en los seculares, coexistiendo con las lenguas neolatinas.

A pesar del declive de la enseñanza y del uso de la lengua latina en el siglo XX,

ésta sigue siendo «la lengua viva de la Iglesia» (SAN JUAN XXIII. *Veterum sapientia*: AAS 54 [1962], 134) y la lengua oficial del rito latino, según lo prescribe el Concilio Vaticano II, aunque, por razones pastorales, se le puede dar mayor cabida a la lengua vernácula (cf. *Sacrosanctum Concilium*, n.º 36).

El nuevo *Reglamento General de la Curia Romana*, promulgado por León XIV en noviembre de 2025, sigue estableciendo que, por lo común, sus documentos sean redactados «en lengua latina o en otra lengua» (art. 50, §1).

Por último, dado que el latín no pertenece a ninguna nacionalidad, expresa mejor la universalidad de la Iglesia. Y al no ser la lengua materna de nadie, es inmune a las mutaciones naturales de los idiomas en uso. Paradójicamente, al ser «muerta», se ha vuelto inmortal. ✠

Prólogo del Evangelio de San Juan - Biblia Vulgata Clementina

SANCTUM IESU
CHRISTI EVANGELIUM
SECUNDUM IOANNEM

Prologus evangelistæ, 1, 1-18

1 In principio erat verbum, et verbum erat
ad Deum, et Deus erat verbum. 2 Hoc erat
apud Deum.

La verdadera acción sólo nace de la contemplación

Dos santas, dos misiones y, en apariencia, dos caminos completamente distintos. A primera vista, nada tan diferente como Santa Teresa del Niño Jesús y Santa Juana de Arco. Sin embargo, comparten un fondo de alma sorprendentemente idéntico, que ofrece una importante lección para el hombre moderno.



✠ P. Louis Goyard, EP

En un artículo anterior,¹ pudimos considerar la heroicidad de las virtudes de Santa Juana de Arco.

Se recordaron sus hazañas de armas, su genio militar inspirado por el Cielo, su audacia guiada por las «voces» y su inquebrantable valentía, vista, por cierto, como presunción y temeridad por los cobardes.

Desconcertó tanto a los más versados en el arte de la guerra como a los mayores sabios en la ciencia teológica. Durante un breve tiempo, su trágico final pareció confirmar que su vida había sido en vano, antes de que los hechos atestiguaran el glorioso éxito de su misión. Profeta, consejera, general, armonizadora, apologista, guerrera —siempre sublime, ya

sea en la victoria o en la derrota—, se convirtió en un prodigioso modelo para todos los hombres de acción.

* * *

En aparente antagonismo se encuentra Santa Teresa del Niño Jesús, la dulce y serena doctora de la pequeña vía, víctima de la enfermedad en la soledad del Carmelo. Salvo que ambas fueron arrebatadas en una edad muy temprana, todo en ellas se diría contrario: la austeridad del claustro frente al fasto de la vida cortesana; el silencio de la capilla frente al fragor del campo de batalla; el recogimiento de la contemplación de Dios frente a la pericia en la toma de decisiones; la larga agonía de la dolencia frente al repentino fulgor del martirio... No parece que hubiera nada más opuesto que la santa de Lisieux y la santa de Orleans. Sobre todo, nada más alejado que Santa Teresa del ideal de hombre de acción. Pero... ¿es realmente así?

De hecho, no se ha de olvidar que la religiosa fue proclamada por Pío XI patrona universal de las misiones. ¿Error o arbitrariedad infundada? En efecto, ¿cómo puede justificarse ese patrocinio si Santa Teresa nunca salió en misión?

En primer lugar, se sabe que la santa carmelita dirigió espiritualmente a dos misioneros y, por sus cartas, se percibe que comprendía las misiones mejor que ambos, y con más profundidad

Santa Juana de Arco en la coronación de Carlos VII por el arzobispo de Reims, de Jules-Eugène Lenepveu - Panteón de París



Reproducción

que muchos otros. En segundo lugar, su amor a Dios y su ardor por las almas la hacían palpar de deseos apostólicos, que transformaba en intenciones, oraciones e inmolaciones, las cuales se veían recompensadas con abundantes frutos de conversión.

Así pues, aunque físicamente recluida por la clausura religiosa, la vehemencia de su alma no conoció fronteras ni límites. Como consecuencia, hoy en día no existe lugar remoto en el que no haya una iglesia, un convento, un hospital o una escuela dedicada a ella.

* * *

Sin embargo, ¿qué relación se pretende establecer entre Santa Teresa y Santa Juana de Arco?

Así como Santa Teresa puede considerarse, a su modo, un alma de acción, Santa Juana de Arco debe entenderse, también, como un alma de contemplación. Efectivamente, sus voces demostraron que no había mentido nunca: eran, por tanto, sobrenaturales, y el

contacto místico con lo sobrenatural es un fruto característico de la contemplación, sin la cual no existe mística auténtica.

La propia flexibilidad de Santa Juana de Arco ante las mociones procedentes de las voces es una prueba, no sólo del vigor de su fe, sino también de su agudo sentido sobrenatural, adiestrado en la relación espiritual constante con Dios, convivencia ésta que conforma la esencia de la contemplación. Además, las respuestas llenas de sabiduría que la *Pucelle* espetó a sus jueces provenían de un espíritu característicamente meditativo.

Podemos encontrar un síntoma elocuente de la entrañable relación de afinidad existente entre ambas santas, no sólo en el papel interpretado por Santa Teresa en una pieza teatral realizada en el Carmelo, sino sobre todo en la referencia a Santa Juana de Arco como «mi hermana querida»,² consignada en sus escritos.

* * *

Cada una a su manera, las dos santas demostraron que la verdadera acción nace de la contemplación. De hecho, considerado desde una perspectiva más elevada, actuar consiste en llevar a cabo algo que Dios nos ha encomendado. El hombre, por lo tanto, debe escudriñar este designio divino, y sólo es capaz de hacerlo mediante la convivencia interior con el Creador, en régimen de contemplación. Con razón Dom Chautard³ atribuía todo el fruto apostólico al fervor de la vida interior...

No obstante, mucho antes del abad de Sept-Fons, nuestro divino Modelo nos dio el ejemplo supremo. Al disponerse a comenzar su vida pública, Nuestro Señor Jesucristo pasó cuarenta días en retiro en el desierto; durante los tres años que predicó en Israel, previamente a cada gran acción se recogía en la soledad de las montañas para orar al Padre; por último, en vísperas de iniciar su pasión salvadora, se dirigió al huerto de los olivos para meditar y rezar. Nadie jamás ha actuado como el Redentor, ni con mayores frutos;



Arriba, Santa Teresa del Niño Jesús vestida de Juana de Arco, en 1895; a la izquierda, en el patio del Carmelo de Lisieux, en 1896

Fotos: Reproducción



nadie, tampoco, jamás ha contemplado como Él.

El hombre moderno cree que todo se basa en la acción y para la acción, con mucha agitación incluso. ¿Se acordará de que el éxito de la acción depende —como el calor depende del fuego— de haber profundizado sus raíces en la contemplación, en la relación de alma con Dios? ✦

¹ «¿Virtudes antagónicas o complementarias?», publicado en la edición de marzo de esta revista.

² SANTA TERESA DE LISIEUX. *Manuscrit B*, 3r.

³ Cf. CHAUTARD, OCR, Jean-Baptiste. *El alma de todo apostolado*. 2.ª ed. Madrid: Palabra, 2014.

Doña Lucilia en París,
en 1912



La alegría de dar y querer bien

Doña Lucilia comprendía muy bien que la esencia de la convivencia reside en la afinidad de las almas y en la felicidad que hay en darse y quererse bien, cumpliendo al pie de la letra el principio enunciado por el Señor: es más feliz quien da que quien recibe.

Tal disposición en algún modo moldeaba su espíritu hasta el punto de que se notaba una voluntad de darse y de atraer hacia sí a

esa convivencia de alma como no he conocido en nadie. Y a esto se sumaba una dignidad y tranquilidad, una serenidad y resignación, por las que, si nada salía bien, no se crispaba, no se indignaba, no recriminaba, no se vengaba, no se entristecía. Esta es precisamente la conducta de la Santa Iglesia con respecto a los pecadores.

Plinio Corrêa de Oliveira